

Caminos de paz:

historias de participantes del proceso de reintegración
a la vida civil en Colombia

Caminos de paz: historias de participantes
del proceso de reintegración a la vida civil en Colombia

© Organización Internacional para las Migraciones (OIM)

Primera Edición, Mayo de 2009
Bogotá, D.C., Colombia

La OIM está consagrada al principio según el cual que la migración en forma ordenada y en condiciones humanas beneficia a los migrantes y a la sociedad. En su calidad de principal organización internacional para las migraciones, la OIM trabaja con sus asociados de la comunidad internacional para ayudar a encarar los desafíos que plantea la migración a nivel operativo; fomentar la comprensión de las cuestiones migratorias; alentar el desarrollo social y económico a través de la migración; velar por el respeto de la dignidad humana y el bienestar de los migrantes.

www.oim.org.co

Investigación, Redacción, Diseño y Diagramación
.Puntoaparte

Impresión
Banco de Ideas Publicitarias

ISBN: 978-958-8469-15-7

Caminos **de paz:**

historias de participantes del proceso de reintegración
a la vida civil en Colombia



OIM Organización Internacional para las Migraciones

CAMINOS DE PAZ: historias de participantes
del proceso de reintegración a la vida civil en Colombia.

Organización Internacional para las Migraciones, OIM

MISIÓN EN COLOMBIA

Carrera 16 No. 93A-43
www.oim.org.co

José Ángel Oropeza
JEFE DE MISIÓN EN COLOMBIA

Fernando Calado
DIRECTOR DE PROGRAMAS

Camilo Leguízamo
**COORDINADOR PROGRAMA DE APOYO AL PROCESO
DE REINCORPORACIÓN CON ENFOQUE COMUNITARIO**

DIRECCIÓN PROYECTO

Adriana Correa
Jorge Andrés Gallo

COMITÉ EDITORIAL

Adriana Correa
Jorge Andrés Gallo
Camilo Leguízamo
María Mendoza
Santiago Villa

DIRECCIÓN EDITORIAL

Andrés Barragán
Andrés Morán

FOTOGRAFÍAS

Jonathan Manrique
Rodrigo Orrantía
Diego Zamora

EDICIÓN Y REDACCIÓN DE TEXTOS

Leonardo Realpe
Santiago Villa

INTRODUCCIÓN

Adriana Correa
Camilo Leguízamo

APOYO TEXTUAL

Raúl Martínez
Juan Diego Mikán

DIRECCIÓN DE ARTE

Juan David Martínez

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Dilian Querubín

PRODUCIDO POR .PUNTOAPARTE EDITORES

* www.puntoaparte.com.co

Tabla de contenido

Presentación Alta Consejería Presidencial para la Reintegración	9
Presentación Organización Internacional para las Migraciones	10
Introducción	12
Gracias a una oportunidad	17
Llegar a una casa de puertas abiertas	23
Cuidando la vida	29
Señas de amor al trabajo	35
Reintegración con empuje, estudio y trabajo	41
Una autoridad que se ejerce sin armas	47
Volver de las garras de la muerte	53
Mover el cambio	59
Nuevas raíces en campo abierto	65
Una vida de liderazgo	71
Volver de allá	77
Abandonar el odio y aplacar el miedo	83

VOCES VIVAS DE LA REINTEGRACIÓN

La reintegración en Colombia es posible. Prueba de ello es que ya son más de 30 mil las personas que actualmente hacen parte del proceso liderado por la Alta Consejería Presidencial para la Reintegración (ACR). La mejor muestra de esto es escuchar la voz de aquellos colombianos que abandonaron las armas y que luchan a diario para demostrarle a Colombia y al mundo que están trabajando para lograr la reconciliación y la paz.

Esta publicación compila 12 historias de vida de personas que voluntariamente dejaron las armas. Es un reflejo de los esfuerzos hechos en la búsqueda incansable por la paz de Colombia. Cada historia, cada página, se convierte en un testimonio vivo de la voluntad de cambio y del esfuerzo que están haciendo las personas en proceso de reintegración por recobrar su vida en familia y en comunidad.

Es indudable que son nuevos seres humanos, que hoy ejercen sus derechos como ciudadanos y son conscientes de la gran responsabilidad que tienen en la construcción de un país mejor. No son los mismos de antes.

Estas historias reflejan necesidades, esfuerzos y logros en la búsqueda de una meta personal. Son un ejemplo para el resto de los participantes del proceso de reintegración y para que quienes aún pertenecen a grupos armados al margen de la ley comprendan que hay otra opción para reconstruir sus vidas del lado de la legalidad y lejos de la violencia.

Uno de los objetivos del proceso de reintegración es devolverle al país colombianos autónomos, capaces de generar sus propios ingresos y de aportar con su trabajo al desarrollo de sus familias y comunidades.

El contenido de esta publicación es el reflejo del compromiso y los esfuerzos de la Presidencia de la República de Colombia, la comunidad internacional, la empresa privada y aliados estratégicos como la OIM, que nos ayudan en la transformación de las vidas de miles de colombianos que hoy construyen un país mejor. Con el apoyo de todos demostraremos que la reintegración es el verdadero camino hacia la paz.

Frank Pearl

Alto Consejero Presidencial para la Reintegración

ALTO COMISIONADO PARA LA PAZ

REPÚBLICA DE COLOMBIA

OIM, APOYANDO LA REINTEGRACIÓN ALREDEDOR DEL MUNDO

Cada operación de Desarme, Desmovilización y Reintegración (DDR) llevada a cabo en diferentes países con grupos armados específicos ha sido distinta. Cada una lleva consigo la complejidad y particularidad de la historia de la violencia, sus motivaciones, causas, actores y las características geográficas del entorno en el que se desarrolla. lo que implica enormes retos para los Estados.

Las operaciones de DDR con frecuencia se caracterizan por riesgos de seguridad y por la constante necesidad de abordar dificultades e imprevistos. Las mismas abarcan tareas interrelacionadas, que incluyen actividades políticas, militares, humanitarias, de seguridad y socioeconómicas, las cuales deben tenerse en cuenta para evitar el fracaso y para cuyo desarrollo, el apoyo de la cooperación internacional, así como de otros sectores de la sociedad, es fundamental.

Desde 1992, la Organización Internacional para las Migraciones, OIM ha apoyado el diseño e implementación de algunas de las más grandes operaciones de Desarme, Desmovilización y Reintegración en el mundo. Con base en su experiencia, la OIM desarrolló un Servicio de Información, Asesoría y Referencia (Information Counselling and Referral Service - ICRS) para atender todos los componentes del Proceso y facilitar el éxito de los mismos. El ICRS tiene interfaces con todos los ex combatientes y demás partes interesadas y relevantes para anticipar e identificar los vacíos, necesidades, expectativas y cambios en los marcos negociados de los procesos de DDR y en teoría, en la macro-sociedad.

Países como Mozambique, Haití, Angola, Mali, Guatemala, Filipinas, Timor Oriental, Guinea-Bissau, Congo Brazzaville / RDC, Camboya, Tayiquistán, Sierra Leona, Uganda, Costa de Marfil y Afganistán recibieron asistencia de la OIM entre 1992 y 2006 para el desarrollo de los procesos de DDR y de los de reconciliación y estabilización comunitaria que las acompañan. Miles de ex combatientes y sus familias han recibido apoyo en el retorno a la vida civil luego de años de violencia armada y cientos de comunidades se han beneficiado de programas de estabilización y reconciliación de la OIM.

Actualmente Angola, Bosnia-Herzegovina, Colombia, Croacia, Costa de Marfil, Indonesia, Irak, Kosovo, Montenegro, Serbia, Sudán, Sri Lanka y Uganda cuentan con el apoyo de la OIM para el diseño e implementación de sus complejas y particulares operaciones de DDR.

Colombia, a diferencia de otros países que han tenido conflictos armados entre los años 80 y el presente, se caracteriza porque intervienen al menos tres grupos armados ilegales distintos (AUC, ELN, FARC). Solamente el que se refiere a las AUC, que tuvo como resultado la desmovilización masiva e histórica de cerca de 32 mil personas, se encuentra actualmente en proceso de solución. Las negociaciones con el ELN se interrumpieron en el 2008 y la posibilidad de concretar una negociación con las FARC sigue inconclusa, mientras más de 15 mil de los efectivos de este último grupo se han acogido al proceso de desmovilización individual.¹

El desafío de apoyar al Gobierno Nacional en el proceso de DDR en Colombia también ha implicado para la OIM acompañarlo en su tarea de garantizar los derechos de las víctimas a la verdad, la justicia y la reparación y en la generación de espacios de reconciliación que faciliten la reintegración de las personas desmovilizadas de los grupos armados ilegales.

Este libro de historias de vida es un esfuerzo por compartir con los lectores interesados en el tema de DDR algunos de los logros y lecciones que hemos alcanzado de la mano con el Gobierno Nacional y la comunidad internacional, en el proceso de reintegración a la vida civil de más de 45.000 personas desmovilizadas de los grupos armados ilegales.

Las historias de vida seleccionadas para este libro, en las que se ilustra el proceso de reintegración transitado por 12 desmovilizados en su vinculación a proyectos apoyados por la OIM en el marco del “Programa de Apoyo al Proceso de Reincorporación con Enfoque Comunitario”, son para nosotros motivo de orgullo y un incentivo para continuar con nuestro trabajo.

Estas crónicas cortas son el testimonio de que muchos de estos jóvenes hombres y mujeres, quienes dejaron las armas en Colombia con la firme convicción de transformar su vida y el futuro de este país, lo han logrado, pero para ello ha sido crucial la participación y el trabajo conjunto del gobierno, especialmente de la Alta Consejería Presidencial para la Reintegración, gobiernos regionales, la comunidad internacional, los organismos internacionales, el sector privado y la sociedad civil.

En ese sentido, el objetivo de estas historias de vida no sólo consiste en facilitar la comprensión y adentrarse en la vida de sus protagonistas, también en invitar a continuar con su apoyo e interés en este importantísimo y único Proceso de Paz que marca un hito en la historia de Colombia.

José Ángel Oropeza

JEFE DE MISIÓN EN COLOMBIA

ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL PARA LAS MIGRACIONES

1. Sólo países como Filipinas, en donde intervienen cuatro grupos y sólo uno está en proceso de resolución, a saber Abu Sayaf, MILF, MNLF y NPA; y Myanmar, con 3 conflictos no resueltos, con CNF, KNU y Shan; pueden ser comparables a Colombia en este sentido. Los datos son tomados del Anuario de Procesos de Paz 2009, redactado por Vicenç Fisas, director de la Escola de Cultura de Pau de la UIAB.

Introducción

Antecedentes del proceso de reintegración

1. El 2008, por ejemplo, vio la ruptura oficial de las negociaciones con la guerrilla del ELN y terminó con la evidencia de la imposibilidad de lograr un acuerdo humanitario general con las FARC. Pero al mismo tiempo fue el año de la finalización del conflicto con el Ejército Revolucionario Guevarista, una organización guerrillera que se había escindido del ELN desde 1992 y operaba en el Chocó.

2. Lo anterior no significa que se haya resuelto definitivamente el conflicto con ese grupo, pues, a pesar de los esfuerzos, aún subsisten, algunos contextos de ilegalidad, tensiones causadas por grupos armados emergentes en determinadas zonas del país, riesgos de reincidencia de algunos participantes, dificultades en la seguridad de algunos desmovilizados, y otros puntos por resolver, antes de que pueda lograrse un cierre definitivo del proceso.

La historia del conflicto armado en Colombia es tan antigua como la del país mismo, con unas raíces que pueden hallarse incluso en la época de la violencia del siglo XIX. El surgimiento de las guerrillas en los años 60 y los grupos paramilitares en los 90 es una parte de esa historia. Sin embargo, la misma no puede narrarse si no es acompañada de los constantes esfuerzos de negociación del Gobierno Nacional, al margen de su resultado¹, por lograr su solución, buscando restablecer el imperio de la ley y la paz.

El proceso de Desarme, Desmovilización y Reintegración (DDR) de los grupos de autodefensas ilegales, que comenzó a finales de 2003 con la desmovilización del Bloque Cacique Nutibara y resultó en la desmovilización colectiva de cerca de 32 mil personas², es uno de esos esfuerzos. Uno que conduce a un reto sin precedentes.

La cantidad de personas desmovilizadas como resultado de procesos de paz similares ocurridos en el país durante la década de los noventa —cuando se desmovilizaron el M-19, el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), el Ejército Popular de Liberación (EPL), el Movimiento Armado Quintín Lame (MAQL), el Comando Ernesto Rojas (CER), la Corriente de Renovación Socialista (CRS), las Milicias Populares de Medellín (MPM), y el MIR—COAR y el Frente Francisco Garnica—, asciende a cinco mil personas, es decir, apenas un 6% del número de ex combatientes desmovilizados de las AUC.

A este reto se suma la reintegración de más de 16 mil desmovilizados que han dejado las armas desde el año 2002, de forma individual y voluntaria. Aquello es producto de los incentivos ofrecidos por el Gobierno Nacional para facilitar esa forma de desmovilización. Así, se ha configurado en Colombia el desafío de reintegrar exitosamente a la vida civil a más de 46.000 ex combatientes.

La reintegración implica no sólo esclarecer la situación jurídica de los ex combatientes, sino facilitarles oportunidades de generación de ingreso, apoyo psicosocial, capacitación técnica, educación formal, seguridad y espacios de reconciliación con las comunidades y víctimas. En esta tarea, el Gobierno Nacional ha contado con el apoyo de la cooperación internacional, organismos intergubernamentales y crecientemente del sector privado y los gobiernos locales y departamentales.

Programa de Apoyo al Proceso de Reincorporación con Enfoque Comunitario

El Programa de Apoyo al Proceso de Reincorporación con Enfoque Comunitario se inició en el 2006 en el marco del Proceso de Paz adelantado por el Gobierno Nacional con los grupos ilegales de autodefensas. La iniciativa fue propuesta por la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, (USAID), como resultado de un proceso participativo de diagnóstico de necesidades. Actualmente el Programa es financiado mayoritariamente por USAID y ha recibido financiación de los gobiernos de Holanda, en el tema de reintegración; y de Canadá, Suecia y España, para el trabajo con víctimas de la violencia.

Con una estrategia integral, flexible y adaptable a las realidades locales, complementaria de las iniciativas existentes y condicionada al cumplimiento de criterios de elegibilidad, el Programa se desarrolla en dos ejes de trabajo fundamentales, a saber: apoyo al proceso de reintegración y el apoyo para el acceso de las víctimas a los derechos de verdad, justicia y reparación.

Transversalmente a estos dos ejes, el Programa apoya las labores de control preventivo y verificación de la Defensoría del Pueblo, la Procuraduría General de la Nación y la Misión de Apoyo al Proceso de Paz de la Organización de Estados Americanos, (MAPP/OEA).

En el primer eje, el Programa se ha enfocado en el fortalecimiento de un grupo de instituciones esenciales para la reintegración exitosa de los desmovilizados, en el apoyo técnico al Gobierno de Colombia especialmente a la Alta Consejería Presidencial para la Reintegración (ACR) y en el apoyo a la población desmovilizada. En este último, la OIM en coordinación con la Alta Consejería Presidencial para la Reintegración ha asistido a más de 16.000 personas entre desmovilizados y sus familias, comunidades receptoras y víctimas con atención psicosocial, educación formal, formación para el trabajo y/o proyectos productivos. En el segundo eje, es fundamental el trabajo con la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR) –creada por la ley de Justicia y Paz (Ley 975 de 2005) con el objetivo de garantizar el acceso de las víctimas a la justicia y a las acciones de reparación y reconciliación– y con la Fiscalía General de la Nación.

3. Alianza Comercial Inver en Bogotá, Minuto de Dios Hermeco en Medellín, Cultivo de ají en Puerto Triunfo, Cultivo de Cacao en el Urabá, Cultivo de Palma en el Retén, Cooperativa de Servicios en Tibú, Colgalletas, Indufrial, Becas para educación superior y pre-icfes, CHF y Centro de Reconciliación de Suba.

Los beneficiarios y sus historias

Las 12 historias contenidas en este libro relatan las experiencias de algunos de los participantes del proceso de reintegración en proyectos implementados por la OIM, en coordinación con la ACR, en cuanto al apoyo a la población desmovilizada. Como se podrá ver a través de las historias, el énfasis de los proyectos seleccionados³ es la generación de ingresos para tal población.

El tema de generación de ingresos es inquietante para la población en proceso de reintegración, que frecuentemente manifiesta su preocupación ante las dificultades para insertarse en el mercado laboral y acceder a la alternativa de los proyectos productivos. Como indica el Décimo Segundo Informe Trimestral de la MAPP/OEA del 27 de Febrero de 2009, “la gestión de empleos por parte de la Alta Consejería, se ha enfrentado a la permanencia de contextos de ilegalidad, la estigmatización de la población ex combatiente, y escenarios municipales que presentan un alto nivel de informalidad y en algunos casos, de desempleo”. Ofrecer a los desmovilizados opciones de sustento en la legalidad, viables y sostenibles, reduce el riesgo de reincidencia y facilita una reintegración exitosa a la vida civil.

Las historias relatan cómo la reintegración no es posible sin procesos de reconciliación con las víctimas y comunidades receptoras. El perdón, la reconciliación y el reestablecimiento de la confianza son ejes transversales a los proyectos que aquí se presentan. Cada una de las historias de reintegración individual lleva tras de sí un proceso para promover el desarrollo comunitario, a través de la vinculación de la comunidad a los proyectos y del trabajo coordinado con los gobiernos locales.

Los hombres y mujeres cuyas historias se presentan en este libro han aprovechado a cabalidad las oportunidades que les ofrecía el Programa de Reintegración a la Vida Civil del Gobierno Nacional y hoy son ejemplo de reintegración. El camino de muchos de ellos no ha sido fácil, pero han podido salir adelante y sobreponerse a los tropiezos con una voluntad determinada y apoyados en las manos amigas de la ACR, la OIM, la empresa privada, los gobiernos locales y regionales, y los operadores de los distintos proyectos.

Las historias fueron escritas con base en entrevistas realizadas a los beneficiarios en los proyectos y lugares de trabajo. En esos lugares valiosos donde aquellos hombres y mujeres construyen día a día su nueva vida, dejando atrás parte de su pasado y reencontrándose con otra parte olvidada: su casa, su familia, sus tradiciones, su libertad y sus sueños.

Sin embargo, así como ellos y ellas han sabido aprovechar estas opciones y han contando con la determinación para seguir adelante con su proceso de reintegración transformando su mundo y su vida, otros, no lo han hecho. Por eso, aunque hoy contamos estas historias de éxito, también llevamos con nosotros muchos fracasos, aunque aquellos no nos han impedido seguir adelante.

La reintegración de 48 mil personas sólo puede lograrse paso a paso, persona por persona, uno por uno. Por eso, estas 12 historias son un testimonio de que sí es posible, pero como se verá en los testimonios tanto de los desmovilizados como de los empresarios, para ello es necesario dejar atrás los estigmas y los miedos, y abrirles las puertas de nuestras casas, barrios, empresas y comunidades.

La lectura de libro le permitirá, como a quien mira a través de una ventana, conocer las experiencias vitales de 12 colombianos que hoy han transformado su vida. La ingenuidad con la que muchos de ellos y ellas se unieron a los grupos armados, viendo en los mismos la salida a sus dificultades y la complejidad de razones que los llevaron a vincularse y desvincularse de esas organizaciones al margen de la ley ofrecen una mirada más profunda a la humanidad de los llamados ex combatientes y al Proceso de Paz en Colombia.



Gracias a una oportunidad

A sus 18 años, Rafael Ricardo Rodríguez recorrió media Costa Atlántica para conocer a su mamá. Desde los 12 había llevado una vida errante por el Caribe colombiano, pues con la muerte de su abuela quedó a la deriva. Había vivido con ella desde los seis años, cuando falleció su padre.

Abandonó su pueblo porque la guerrilla lo buscaba para matarlo. Lo habían tomado por informante del Ejército, y Rafael por eso viajó hacia el Oriente, donde vivían unos tíos. Allí debió abandonar su formación escolar y emplearse como jornalero. Estaba pasando hambre por falta de dinero.

Su primer contacto con la Autodefensas fue trabajando en la finca de un comandante. Rafael decidió solicitar que lo recibieran en las filas porque la guerrilla todavía lo estaba buscando. El comandante, como única condición para aceptarlo, le exigió que prestara el servicio militar para recibir algo de formación y entrenamiento. Sin embargo, Rafael no tenía la firma de su madre en el registro civil, y sin sus papeles en orden no podía prestar el servicio. Necesitaba encontrar a su madre.

Cuando finalmente la halló, gracias a informaciones de familiares, Rafael tan sólo le pidió que lo registrara con sus apellidos y fue a enlistarse. Acaba de cumplir 20 años y desde aquel día en la notaría no ha vuelto a ver a su mamá.

TALLER DE
ÁNICA

De las armas al aula

La finca en la que había trabajado Rafael pertenecía a uno de los cabecillas paramilitares de la Costa Atlántica: “Comencé a trabajar de escolta personal de él. Trabajé unos cuatro meses porque a mí me aburría el cargo. Allá era pura carretera destapada y el polvo me molestaba mucho”. Para ese momento ya se estaba negociando la desmovilización de los grupos paramilitares y entre la tropa comenzaban los rumores.

Había miedo e incertidumbre. “El temor de todos era que apenas entregáramos las armas tuviéramos que ir a pagar cárcel. Inclusive yo decía: ‘Bueno, lo voy a hacer porque soy leal al viejo’”, afirma Rafael. “Pero él me dijo: ‘Mire mijo, ustedes no van a tener ningún problema. Este gobierno que está es serio. A ustedes no es que después de que se desmovilicen los van a matar por ahí. No. Ustedes lo que tienen es que cumplir. Si ustedes se desmovilizan, ustedes tienen que cumplir con lo que pactan con el Estado’”.

La fecha de su desmovilización fue el 3 de diciembre del 2004. A partir de entonces, Rafael continuó trabajando en la finca del comandante e intentó continuar sus estudios. Era un anhelo que había quedado pendiente desde que tuvo que abandonarlos a los 12 años por falta de recursos. Sin embargo, esta vez comenzaba a tener la misma



dificultad: “Me matriculé los sábados, pero de la finca había que pagar cinco mil pesos de pasaje y cinco de vuelta, eran diez. Además en la tarde el transporte era pésimo entonces me tocaba pagar una moto que me llevara a la finca por veinte mil pesos. O sea, yo pagaba casi ochenta mil, noventa mil pesos mensuales para estudiar”.

Dejó el trabajo de capataz en la finca para buscar oportunidades educativas. A Rafael le intranquilizaba saber que no estaba aprovechando su potencial y quiso hacer uso de las opciones que se le abrieron con la desmovili-

zación. En el 2006 Rafael inició sus primeras capacitaciones en el SENA: “El cambio más grande fue pasar de luchar para estudiar y no poder, a llegar acá y encontrar una cantidad de oportunidades. Me matriculé en Cafam y comencé a validar el bachillerato. Ya terminé el décimo; ahorita termino el once. Me matriculé en una carrera técnica y he encontrado todo el apoyo”, afirma Rafael, cuya sonrisa amplia en el salón delata los años de lucha que hay detrás de aquel logro.

La carrera iniciada por Rafael es técnica en mecánica Diesel, pues estaba familiarizado

con la maquinaria. Lo que le permitió proyectar los conocimientos aprendidos en los cursos fueron los acompañamientos que la Fundación Antonio Restrepo Barco realizó en el marco de un proyecto implementado por la Organización Internacional para las Migraciones, en coordinación con la Alta Consejería Presidencial para la Reintegración y con la financiación de la Agencia del Gobierno de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID): “La fundación Restrepo fue y se reunió con nosotros en la Gobernación. Entonces nos dijo: ‘Muchachos, los que quieran vincularse con nosotros para estos proyectos, hay esta oportunidad para 200 desmovilizados. Yo vi la oportunidad y me vinculé’”.

El Proyecto busca mejorar el nivel de educación formal de los desmovilizados, generar opciones productivas para la población sensible, apoyar la constitución de organizaciones de trabajo asociado con los beneficiarios y promover el desarrollo personal, familiar y comunitario.

Proyectar el futuro

“Ya conocía un poquito de la maquinaria Diesel por el trabajo que hice en la finca. Para montar un proyecto tenía que asociarme con los otros muchachos

desmovilizados, pero no había ninguno que llenara los requisitos”, dice Rafael. “Entonces tomé la decisión de asociarme con un ingeniero mecánico que es profesor mío ahí mismo. A él le pareció muy buena la idea y como ya tenía cincuenta por ciento de la herramienta, a mí sólo me toca poner la otra mitad”. Es la única persona que va a iniciar un proyecto productivo con uno de los docentes. El espíritu emprendedor y la

formación avanzada le han hecho sobresalir de entre sus compañeros. Piensan montar un taller de mecánica para vehículos y herramientas que utilicen combustible Diesel.

El proceso que ha desarrollado en los talleres psicosociales de la Alta Consejería Presidencial para la Reintegración también ha tenido un profundo impacto en la vida emocional de Rafael: “Los trabajos





psicosociales han sido fundamentales en el sentido de apoyar los procesos de perdón y reconciliación. Estos talleres han servido mucho para valorar a la familia, aumentar la autoestima y recuperar los valores que uno había perdido”. El hogar que ha formado con su esposa y su hija le han otorgado a Rafael otra perspectiva sobre la vida. Ha aprendido a valorar la vida, tanto la propia como la ajena.

El barrio donde vive Rafael es un ejemplo vivo de reconciliación: “Le agradezco mucho a la gente del barrio donde vivo, porque es de puras personas desplazadas por la violencia. Nos encontramos víctimas y victimarios viviendo prácticamente juntos. Usted puede preguntarle a la comunidad por mi comportamiento y verá que gracias a Dios nunca he tenido ningún problema”.

La vida misma le ha ido enseñando a Rafael dónde se encuentran los fundamentos de la paz: “Yo pienso que aquí en Colombia algo que se debe de valorar es el respeto al Proceso de Paz. Cuando mi hija esté grande, ella se dará cuenta de que su papá fue lo que fue; pero mire, hoy en día es honesto. Entonces todas las personas creo que se merecen una segunda y una tercera oportunidad”.



PROYECTO DE ATENCIÓN INTEGRAL CON LA FUNDACIÓN ANTONIO RESTREPO BARCO

Con el objetivo de apoyar de manera integral la reintegración de 200 desmovilizados ubicados en Sincelejo y Corozal, la OIM en conjunto con la Alta Consejería Presidencial para la Reintegración diseñó y puso en marcha en 2006 un proyecto para acompañar y atender en educación formal, formación para el trabajo, empleabilidad y proyectos productivos a ese grupo de participantes. El proyecto, financiado con los recursos de la Agencia del Gobierno de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, (USAID) y operado por la Fundación Antonio Restrepo Barco, permitió la realización de 200 perfiles laborales y la orientación vocacional y atención en desarrollo humano a esas 200 personas, quienes luego recibieron capacitación en sus áreas de interés y se vincularon laboralmente o a proyectos productivos.



Llegar a una casa de puertas abiertas

“La verdadera reintegración yo la empecé a vivir aquí: en el Centro de Reconciliación”, afirma Sabas, quien lleva casi un año trabajando en esta institución. El Centro de Reconciliación es una casa de dos pisos que se encuentra en el corazón del barrio. Se creó en el 2007, con la financiación de la Agencia del Gobierno de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), la Alta Consejería Presidencial para la Reintegración (ACR), la Alcaldía Mayor de Bogotá y la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) como un lugar en el cual las personas capacitadas en prácticas y metodologías de paz pudieran ofrecer actividades que fortalezcan los vínculos comunitarios. La puerta a la calle siempre permanece abierta y por la tarde los niños entran a curiosar o a jugar en la recepción. En una pared hay una cartulina que reza: “Así como las mariposas, los seres humanos se transforman y adquieren alas para volar”.

Sabas, o “Sabitas” para los vecinos del barrio, perteneció a las FARC durante siete años. Su primera vinculación, a los 16 años, fue como miliciano rural en un frente que operaba en el Norte del país. Nació en una familia campesina del departamento del Cesar y cuando se desvinculó por primera vez del grupo armado ilegal lo hizo para iniciar una familia propia con su compañera y su hijo. Se mudó con ellos a Barranquilla, donde eventualmente logró establecer un negocio.

“Mi motivación para entrar una segunda vez fue más que todo económica, debido a que mi hermano y un amigo suyo manejaban las finanzas de uno de los frentes de la guerrilla. Necesitaban a una persona que se movilizara dentro de la ciudad con facilidad y que pudiera hacer contactos con posibles proveedores. Es así como comencé a trabajar con ellos”, indica Sabas. Estableció una red de provisión. “En el mundo de la ilegalidad empecé a ser conocido como el Buena Gente, el Amable”.

CENTRO DE RECONCILIACIÓN SUBA



En efecto, Sabas es bueno con la gente. Ahora, sin embargo, quienes lo reconocen son las personas que se han beneficiado por el trabajo comunitario del Centro de Reconciliación. Tratan casos de violencia intrafamiliar, realizan cam-

pañas pedagógicas contra el reclutamiento y acercan a los ex combatientes a las víctimas y a la comunidad, entre otras tareas. “Uno aquí aprende a ser todero”. Las personas vienen y le cuentan a uno sus problemas.

Ese vínculo con la comunidad donde las personas te quieren, te aprecian, es muy importante. Cuando uno se sienta y les dice, mira yo estuve en las FARC durante tantos años, ellos a uno no le creen. ‘Yo no puedo creer que tú hayas estado en las FARC’, dicen. Una persona tan bonita, que ha hecho tantas cosas buenas”.

Como consecuencia de un atentado contra su vida, Sabas debe desplazarse en silla de ruedas. Sucedió un año antes de su desmovilización, después de haber sido capturado por el Ejército y haber pasado un año en la cárcel. Al salir de la cárcel, Sabas se retiró de la guerrilla y estableció una tienda en compañía de su familia. Fue allí donde dos sicarios le dispararon con ametralladoras.

Para proteger a su familia se mudó solo y solicitó el apoyo de la guerrilla, que tardó varios meses en enviarle una silla de ruedas maltrecha. Las insuficientes contribuciones económicas pronto dejaron de llegar del todo. “Para entonces mi hermano se había desmovilizado y un día me llamó desde Bogotá y me dijo. ‘¿Es que usted está esperando a que lo maten o qué? Desmovilícese y véngase a Bogotá’. Yo le respondí: ‘¿Qué me pongo a hacer en Bogotá, no ve que estoy en silla de ruedas?’ Y él me dijo: ‘¿Es que usted cree que aquí lo van a poner a correr o qué?’”.

Los líderes de paz

El trabajo comunitario realizado por Sabas Duque demuestra que esta discapacidad no le ha impedido rehacer su vida. Un año después de desmovilizarse ya vivía en Bogotá con su familia y realizaba varios cursos de capacitación. “Yo tomé cursos de todo, pero cuando de verdad me sentí útil fue en el trabajo comunitario”. La habilidad de Sabas para estas labores fue detectada durante los acompañamientos psicosociales de la Alta Consejería Presidencial para la Reintegración.

El punto de partida fueron eventos como el cambio de juguetes bélicos por juguetes didácticos, las charlas en los colegios contra el reclutamiento y los partidos de fútbol entre desmovilizados y personas de la comunidad. “Un día vino una psicóloga que apoyaba el trabajo que estábamos haciendo. Ella nos hizo una pregunta: ‘¿Qué era el perdón y la reconciliación?’. **Uno siempre pensaba que el perdón y la reconciliación era algo que pasaba entre dos personas y no que era algo más colectivo.** Entonces nos invitó a participar en las Escuelas de Reconciliación”. Seleccionaron un equipo de quince desmovilizados [provenientes de las autodefensas, del ELN y de las FARC] para organizar trabajos



comunitarios y hacer crecer ese proceso. Eventualmente el grupo se estableció legalmente como “Líderes de paz”.

A nivel personal, una de las experiencias más importantes para Sabas ha sido conocer las distintas visiones de la rea-

lidad del conflicto. “En las Escuelas de Reconciliación se hacían reuniones con desmovilizados de diferentes grupos y víctimas. Entonces cada uno presentaba su verdad y eso lo hacía a uno reflexionar sobre lo que uno antes pensaba que era cierto. Eso me ha ayudado a vencer la culpa y los miedos que tenía”.

Sabas ha comenzado a capacitarse en Ingeniería de Sistemas. Su objetivo es la creación de redes, una de ellas en el propio Centro. Para ello recibe apoyo de la Alta Consejería para la Reintegración (ACR). La mayoría del tiempo, sin embargo, lo pasa organizando las actividades comunitarias del Centro de Reconciliación, que se ha convertido en un segundo hogar para muchos vecinos. “Yo siento que esta casa tiene algo mágico, porque la gente llega aquí a contarte cosas íntimas. Esto se ha vuelto sobre todo una “casa de escucha”, donde la gente viene a que la escuchen. Porque la gente necesita eso: ser escuchada”.

En el futuro Sabas tiene intenciones de dar continuidad a las actividades con desmovilizados y comunidad una vez culminado el programa. “Ellos necesitan acompañamiento y uno les puede ayudar mucho. Además también quiero tener un negocio y comprar una casa para vivir con mi familia. Ahora me siento completamente reintegrado a la sociedad”.





LOS CENTROS DE RECONCILIACIÓN

El proyecto para la creación de dos Centros de Reconciliación en Bogotá, ejecutado por la OIM en conjunto con la Alta Consejería Presidencial para la Reintegración, la Alcaldía de Bogotá y la Fundación para la Reconciliación desde el 2007, es una iniciativa que busca generar una cultura del perdón y la reconciliación en la capital del país. Por medio de estrategias comunitarias de trabajo ciudadano, ejercicios pedagógicos y discusiones, 1.200 ciudadanos se convierten en multiplicadores de la cultura del perdón y la reconciliación en sus localidades, principalmente Suba y Ciudad Bolívar, caracterizadas por haber vivido situaciones de violencia económica, psicológica y social. Gracias a los recursos financieros de la Agencia del Gobierno de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), la Alcaldía Mayor de Bogotá y la Alta Consejería Presidencial para la Reconciliación, hasta el momento más de 250 ciudadanos y ciudadanas se han convertido en orgullosos “Embajadores de Paz y Convivencia”.



Cuidando la vida

Nelvia Rosa López se ha puesto los guantes para trabajarle a la desmovilización. Son los que utiliza en cada jornada laboral haciendo germinar semillas de palma en un vivero. Un proyecto que ella describe como “su hijo”. Las tierras que dan vida al mismo también gozaron de una transformación. Solían ser el latifundio arrocero de un narcotraficante y hoy son el escenario de Palma Paz.

Detrás de esta mujer que hoy hace crecer la vida hay un largo y arduo recorrido vital. Nelvia sufrió un desplazamiento forzoso por la dinámica de la violencia que la desarraigó de su pueblo natal en una zona bananera de Colombia. Hasta entonces había llevado una vida normal. Terminó el bachillerato y creó un hogar, pero de la noche a la mañana debió huir con su compañero y sus tres hijos a una ciudad cercana a la capital departamental. Allí tuvo que llevar a cabo oficios varios para sostener su hogar, pues para entonces se había separado de su compañero. Fue aseadora y realizó ventas ambulantes de revistas, productos de belleza y plantas medicinales. Aunque en ese momento no lo imaginaba, su vida habría de estar, en adelante, ligada a la medicina y a las plantas.

Su situación económica se hizo cada vez más difícil y tomó una de las muchas decisiones radicales que le han dado vueltas a su destino: “Me dije: ‘No. Yo tengo que buscar otra alternativa que me dé una estabilidad’. Y con miles de esfuerzos estudié enfermería. Mis compañeras me colaboraban mucho cuando me tocaba quedarme en las prácticas del hospital”, narra Nelvia. “Me tocaba muy duro porque no tenía plata, pero conté con el apoyo de ellas”.

Medicina en medio del fuego cruzado

Una vez hubo terminado sus estudios de enfermería, tuvo trabajo de manera intermitente vinculada al sector público, hasta que la poca estabilidad se vino abajo y cayó en el desempleo. Fue entonces cuando, por razones económicas, decidió ofrecer sus conocimientos médicos a los grupos paramilitares: “Yo nunca disparé un tiro porque me desempeñaba como enfermera. Iba con mi maletín médico”.

Entró a los 31 años a las filas de las Autodefensas Unidas de Colombia y durante los dos años que estuvo vinculada a ellas vio cómo se cortaban un número incontable de vidas, pero también tuvo la oportunidad de salvar otras y de ayudar a traer nuevas al mundo: “Un día me tocó ayudar a una señora que iba a dar a luz. La iban a sacar pero no tuvieron tiempo. Tuve que cortar las pitas de un costal para amarrarle el cordón umbilical al niño. Luego calentar el cuchillo y mocharle el ombligo”, cuenta Nelvia. “Eso fue muy bonito, porque cuando uno sirve, uno se siente bien. Él nació y ahorita mismo es un niño sano”.

La dificultad más grande que debió sobrellevar mientras estuvo vinculada a las auto-defensas fue no poder acompañar a sus hi-



jos mientras vivían edades en las que eran particularmente sensibles. Su hija mayor estaba entrando a la adolescencia, su hijo tenía diez años y la menor era apenas una niña. Debió dejarlos en la ciudad donde vivía su madre y no podía visitarlos con frecuencia. “Es muy duro dejar a los hijos cuando uno es una madre tan comprome-

tida como lo he sido yo”, afirma Nelvia. “Mi hija sentía mucho miedo. Cuando la veía, me decía que me cuidara mucho. El niño sí tomaba rebeldía porque se sentía solo. Él era más agresivo, entonces me tocó cogerlo y ayudarlo mucho. Está bien que mi mamá los cuidara, pero no es lo mismo a que si uno estuviera allí”.

Sembrar un nuevo rumbo

Cuando habla sobre la desmovilización, Nelvia resalta la belleza del momento y la emoción que sintió en el lugar de las concentraciones. Con ella se desmovilizaron 2.500 personas más. Durante la entrevista cuando se le preguntó por una anécdota en particular de ese momento, ella miró de reojo a una compañera de trabajo que estaba acompañándola, se sonrió y dijo: “Pues desmovilizamos a un perro”. Cuando terminaron las carcajadas añadió: “Se llama El Negro y nos lo trajimos para la casa. A él lo desmovilizamos también. Da la mano y todo. Es un perro muy especial porque no le gustaba montar perras, sino marranas”.

Antes y después de la desmovilización, sin embargo, hubo dudas y obstáculos. Cuando el comando comunicó que se realizarían los desarmes, a principios del 2006, Nelvia y sus compañeros temían por su futuro: “Al principio pensábamos que íbamos a quedar en el aire, que ya no iban a darnos más trabajo o que íbamos a quedar desprotegidos, porque había muchos que creíamos que nos iban a dar la espalda”.

La aceptación de la comunidad no se dio de un día para otro. Hubo dificultades, como la de ser aislada por la población en un principio y el que grupos delincuenciales aprovecharan la llegada de los des-

movilizados al pueblo para engañar a las autoridades y adjudicarles a ellos la responsabilidad por los crímenes que cometían: “Ellos hacían sus cosas y le echaban la culpa a los desmovilizados. Hasta tuvimos que hacer caminatas para protestar contra eso. Fue muy duro cuando llegamos”. La aceptación y el cambio de mentalidad de la población llegaron a medida que los desmovilizados iniciaron una vida laboral y social estable. Para ello el proyecto Palma Paz ha sido esencial.

Palma Paz es una cooperativa de trabajo que inició en agosto del 2007. Es financiada por la Agencia del Gobierno de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) y el programa MIDAS (Más Inversión para el Desarrollo Alternativo Sostenible), y funciona bajo la coordinación de la Organización Internacional para las Migraciones y la Alta Consejería Presidencial para la Reintegración. Operada por la empresa C.I. El Roble, la cooperativa hoy emplea a 65 desmovilizados y 20 campesinos en un proyecto de palma de aceite.

“Este es un proyecto global, donde todos participamos de la misma tierra y ahora mismo estamos en siembra de palma”, explica Nelvia. “Los desmovilizados aportamos las ganas de trabajar y de aprender y los campesinos a nosotros nos aportan la experiencia de trabajar en agricultura y su





sabiduría. Ellos se sienten bien con nosotros porque se benefician de este sistema. La comunidad gana con nosotros y nos ha dado un apoyo muy grande”. Experiencias como ésta demuestran que el proceso de reintegración a la vida civil implementado con un enfoque comunitario, como el que imprime la OIM a sus iniciativas, permite que los desmovilizados, en lugar de

ser una carga para la sociedad, sean ingredientes para enriquecerla. Así, generando una contribución que permite construir un contexto social más armónico, donde todos ponen y todos ganan.

“La OIM y MIDAS han sido nuestro ángel de la guarda”, afirma Nelvia. “Nos ha apoyado en crear un proyecto que es de lar-

ga vida, porque también es para nuestros hijos. Esa es mi motivación fundamental para venir acá. Saber que estoy trabajando hoy por mis hijos y que ellos también se beneficiarán de esto el día de mañana”.

El área del proyecto en la que trabaja Nelvia es sanidad vegetal: “Esta palma necesita mucho cuidado porque hay muchos insectos que atacan a la planta. Es un trabajo que me gusta mucho”. Además, logra conciliar dos grandes pasiones de Nelvia: el cuidado de la vida y la agricultura. Su vida la ha llevado de vender plantas medicinales en la calle a preservar la salud de las palmas en un cultivo que es propiedad de su comunidad.

La transformación laboral de Nelvia ha venido acompañada por otra de naturaleza psicológica. Es un proceso en el que la Alta Consejería Presidencial para la Reintegración y FUNDEBAN (Fundación para el Desarrollo de la Zona Bananera) han contribuido, al ofrecer talleres psicosociales que refuerzan la autoestima y la inserción de los desmovilizados al contexto civil. “Esos talleres nos han beneficiado porque los muchachos que venían con una actitud agresiva ya son nuevos, son sociables. Ha aportado un grano de arena importante”, dice Nelvia.

Nelvia sostiene que no se vincularía con un grupo armado ilegal de nuevo “...ni



con el pensamiento. Con tantas oportunidades que ofrece el gobierno y todas las que las demás instituciones nos están brindando, no es para que uno coja otra

vez para el monte”, afirma. “El mensaje que le daría a quienes se están desmovilizando es que amen la vida porque sólo es una. No se dejen desfallecer, no caigan,

porque el corazón es débil, pero la mente no. Que estén firmes, plantados, siempre ahí, como un palo de roble... ¡como una palma de aceite!”.

PROYECTO SIEMBRA DE 520 HECTÁREAS Y SOSTENIMIENTO DE 30 HECTÁREAS DE PALMA DE ACEITE

Estructurar un proyecto productivo que constituya una alternativa sostenible de generación de ingresos con la meta de emplear 95 personas, 70 de los cuales sean desmovilizadas y 25 campesinos en situación vulnerable, es el objetivo de la alianza estratégica entre la Cooperativa de Trabajo Asociado Palma Paz, la empresa CI. El Roble, la OIM y la ACR. La alianza, financiada por la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), la Gobernación del Magdalena y la ACR ha permitido sembrar 520 hectáreas de palma de aceite y sostener 30 hectáreas de ese cultivo en el municipio del Retén, Magdalena. Los beneficiarios reciben capacitación por parte del SENA en siembra, cosecha y mantenimiento del cultivo de palma de aceite.



Señas de amor al trabajo

Francisco Bustamante sostuvo en lenguaje de señas la última conversación con su esposa antes de ir al Sur del país a trabajar con las Autodefensas. “Me voy a trabajar”, recuerda haberle dicho Francisco. “Me dijo: ‘¿Y vuelve?’ ‘Y yo le dije: ‘Mami, no sé si vuelva’. Me estoy aventurando”. Su esposa es sordomuda. Por eso aunque la llamaba por teléfono, no pudieron tener comunicación directa durante cinco años.

Cuando Francisco llegó a una zona cocalera donde le habían prometido que trabajaría como recolector y procesador de las hojas, comprendió que en realidad lo habían llevado para que fuera parte de la tropa. El comandante le preguntó, “¿Se quiere ir para la casa?”. Francisco dijo que sí, pero que como ya estaba allí, iba a trabajar. Lo que Francisco no dijo es que sabía que, de irse, corría el riesgo de que lo mataran. Así, en diciembre del 2002 comenzó la vida de Francisco dentro de las Autodefensas.

“El hecho de que uno sea paramilitar o de la guerrilla no quiere decir que uno sea una persona antisocial o que le guste la guerra. Uno muchas veces cae allá por razones económicas, por razones de venganza”, dice Francisco acerca de las motivaciones por las cuales llegó a ese grupo armado ilegal.

Su vida fue dura desde siempre. Quedó huérfano de madre cuando era niño y su padre no dio mayor apoyo económico a sus hijos: “Prácticamente tuvimos que asimilar la vida como personas adultas a los 12, mi hermanito a los 10. Tengo una hermana que tiene problemas mentales y quedamos solos”.



Un amor sin palabras

En 1996 Francisco trabajó en un parque de diversiones. Acababa de terminar un proceso de recuperación tras recibir un disparo en el rostro en un atraco y quería volver a la vida laboral: “Yo no podía quedarme sentado en la casa. Mis padres no me dejaron riquezas económicas, pero sí la riqueza más grande: el amor al trabajo”.

Fue allí donde conoció a una joven sordomuda con quien comenzó a hablar a través de una amiga mutua que conocía el lenguaje de señas. “Y ya fui hablando más claro con ella por medio de la amiga. Luego empecé a practicar con ella usando un libro. Ella me lo mostraba. Yo miraba las figuras en las manos, cómo se hablaba, cómo se pronuncia alguna palabra, y así fui aprendiendo”. A los pocos años tenían un hogar y dos hijos.

Sin embargo, las dificultades económicas y la desesperación volvieron a asediario: “No tenía cómo darles un apoyo económico o un techo. Entonces, me resultó un viaje al Caquetá para trabajar en una cocalera, raspando. Según el señor que me contactó, eso era de los ‘paracos’, pero nosotros no nos íbamos a trabajar con ellos. Simplemente íbamos a ser jornaleros”. Francisco descubrió el engaño demasiado tarde.

Durante los años que Francisco estuvo vinculado al grupo armado ilegal, mantuvo contacto con su familia y enviaba dinero para que pudieran sostenerse. Francisco tuvo la suerte de estar vinculado a una tropa que no cometió acciones contra civiles: “Nuestros jefes nos decían: ‘El civil no tiene nada que ver con la guerra. La cortesía no quita lo valiente’”, recuerda Francisco, y luego agrega: “Considero que he tenido buena disciplina social y no he tenido ningún problema con la justicia”.

Una familia y una empresa regresan a la vida

Francisco, desde su desmovilización en febrero del 2006, compró un lote y comenzó a pagar una casa. El comienzo no fue fácil. Su primer trabajo fue vender mangos en la calle mientras asistía a las capacitaciones de la Alta Consejería Presidencial para la Reintegración. Sin embargo, comprendió que era sólo un trabajo temporal: “Le doy gracias a Dios porque terminé mis estudios. Siempre quise estudiar y mis padres no me pudieron ayudar. Me inscribí en el Centro de Formación para la Paz y la Reconciliación, (CEPAR) y empecé mi quinto de primaria. **Ya soy bachiller. Ahora estoy haciendo una técnica en gastronomía gracias a este Programa con la Alta Consejería Presidencial para la Reintegración, la Alcaldía de Medellín y la OIM**”.



Ese Programa le ha permitido, desde octubre del 2007, emplearse en la planta Colgalletas. Francisco es uno de los veintidós desmovilizados que actualmente trabajan allí. “El proceso ha sido positivo para Colgalletas, porque antes de esta iniciativa la planta estaba prácticamente muerta. Colgalletas tuvo problemas y se vino a menos.

Estuvo inclusive cerrada mucho tiempo”, recuerda Luis Fernando Jaramillo, gerente de esa empresa. “A través de Microempresas de Antioquia y la Alcaldía de Medellín, se montó un programa donde la OIM facilitaba unos dineros, para que nosotros a cambio recibiéramos, capacitáramos y contratáramos personas desmovilizadas”.



El concepto detrás de esta alianza es la “empleabilidad”. Una vez se cubra el pasivo de Colgalletas y se comiencen a generar utilidades, mejorará la calidad de vida de los trabajadores. Los desmo-

vilizados tienen estabilidad laboral con un contrato de trabajo a un año, pero a futuro podrá extenderse a cinco o seis. “Colgalletas en este momento está haciendo 7.800 cajas de galletas Wafer al

mes, con unas ventas aproximadas de cuatrocientos veinticinco millones de pesos”, concluye Luis Fernando Jaramillo. La planta ha vuelto a la vida.

Disciplina en el contexto adecuado

“Gracias a la OIM evaluaron mi perfil. Por eso me mandaron a Colgalletas, donde mi labor es el mantenimiento y la desinfección de la planta”, comenta Francisco.

Sus empleadores sólo tienen buenas palabras al hablar de Francisco. “Él ha sido muy estudioso”, dice Diana Montoya, jefe de producción de la planta. “Es emprendedor y es una persona muy disciplinada y organizada. Es respetuoso, amigable, le gusta compartir y ayudar. No tenemos ninguna queja de él”.

Francisco planea su futuro. Quiere terminar las capacitaciones en gastronomía y hacer una segunda en técnicas de panificación, pues desea montar una panadería. “La expectativa mía es terminar la técnica y presentar mi proyecto ante la Alcaldía”, afirma Francisco. “Estas instituciones han visto que muchos de nosotros queremos seguir adelante, estudiando, capacitándonos cada día y aprovechando los beneficios”.



PROGRAMA DE FORMACIÓN PARA EL TRABAJO EN LA EMPRESA COLGALLETAS

Microempresas de Antioquia y su empresa Colgalletas, la ACR, el Programa de Paz y Reconciliación de la Alcaldía de Medellín, la OIM y la Agencia del Gobierno de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) unieron en 2007 sus esfuerzos para desarrollar un programa de formación para el trabajo, dirigido a 50 desmovilizados de la ciudad de Medellín. Los beneficiarios reciben capacitación, de acuerdo con su perfil ocupacional, como auxiliares de operarios en la línea de producción Waffer y brownies, servicios de mensajería y servicios generales. Una vez finalizado el proceso de formación, los beneficiarios son vinculados laboralmente a Microempresas de Antioquia. Esta formación y experiencia les permite a los beneficiarios ingresar con mayor facilidad al mercado laboral altamente competitivo.



Reintegración con empuje, estudio y trabajo

Las máquinas más difíciles de manejar en la planta de terminación de Hermeco son las de embolsado. Su empleo requiere de una gran agilidad manual y visual. Los pocos que llegan a dominarla son empleados particularmente apreciados por la Corporación Industrial Minuto de Dios, encargada de administrar la planta. James Cosme es uno de ellos y logró esta tarea en casi un año y medio de trabajo.

Era una persona callada. Sus compañeros de trabajo, la mayoría mujeres, solían comentar sobre su seriedad y silencios en el comedor o en los puestos de trabajo. La administradora de la planta, Alix Andrea Londoño, a veces olvidaba que James se encontraba vinculado al proyecto porque durante los primeros meses no musitaba palabra: “Él era extremadamente callado, no comunicaba absolutamente nada. No decía si estaba bien, si estaba mal, si estaba contento o si estaba aburrido. Uno se olvidaba que James estaba dentro del proceso”.

Estaba concentrado en aprender las habilidades necesarias para trabajar en la planta y organizar su vida, que había reiniciado desde marzo del 2004 cuando el Bloque de las Autodefensas al que pertenecía se desmovilizó: “Sí, al principio se llevaron esa imagen mía. Como de serio. No de repelente, sino de serio. Mis compañeras dicen que yo era así, pero ya empezó el diálogo. A veces en el comedor de vez en cuando les echaba un chiste-cito, cualquier cosita así y entonces ellas decían: ‘Como era de serio y véalo’”.

No sólo fue la apertura a la sociabilidad lo que sorprendió al personal de la planta, sino también su disciplina de trabajo y capacidad para aprender con gran rapidez el oficio con un equipo complejo: “Dentro de la etapa de empaque hay un proceso que es de mucha responsabilidad: operar la máquina de embolsado. Este proceso requiere una capacitación diferente, una capacitación adicional. Sólo intentamos que lo hagan operarios muy cuidadosos. A James, por su buen desempeño como operario de empaque, empezamos a capacitarlo como operario de la máquina de embolsado. Hoy la opera súper bien”.

Hallar un nuevo contexto

Antes de ingresar a las Autodefensas James era soldado profesional. “El motivo que me llevó a eso fue que conocimos a alguien que nos conectó”, recuerda. “Nos dijo que íbamos a ganar un poquitico más de plata y fue falso. Nunca vimos todo lo que nos prometieron”. Comenzó a trabajar como patrullero en una zona de muchos enfrentamientos con la guerrilla. Su labor era evitar que entraran las tropas enemigas por los cerros que tenía bajo su control y que no hubiera infiltrados de la guerrilla en la zona. Estuvo vinculado al grupo armado ilegal durante 18 meses.

“Encontramos cosas muy diferentes de las que nos habían pintado. Más que todo el dinero mensual que supuestamente íbamos a recibir”, dice James. “Nunca pasamos de los trescientos cincuenta, cuatrocientos mil pesos. Decidimos entrar para salir de la pobreza por la vía rápida, pero no”.

El bloque al que pertenecía James fue uno de los primeros en desmovilizarse cuando se produjo el desarme oficial de los grupos paramilitares. Según relata James, había un temor entre varios de sus compañeros de que los mataran una vez ingresaran a la vida civil. Ese temor se



originaba en rumores entre la tropa según los cuales eso era lo que había pasado en otros procesos de paz. Sin embargo, la realidad le demostró algo distinto: “Ésta es una oportunidad que ya se logró. Una oportunidad de estudio y de trabajo”, dice con orgullo en medio de un taller lleno de colores pastel, azules y rosa que mucho han de diferenciarse de los colo-

res de las selvas colombianas. “Ya llevo acá, qué ¿19 meses?”.

También fue una oportunidad para volver a dedicarle tiempo a sus hijas, nacidas en los dos hogares que ha formado durante su vida. El primero antes de ingresar a las Autodefensas, en el que tuvo una hija que hoy tiene 13 años. El segundo hogar lo

formó hace seis años, a los pocos meses de desmovilizarse. Con su nueva compañera tiene una niña de cuatro años.

En el proceso de iniciar esta nueva vida, James destaca la importancia de los acompañamientos que le ha ofrecido el Programa de Paz y Reconciliación de la Alcaldía de Medellín y la OIM: “Con el trabajo psicosocial uno va aprendiendo que hay otras razones para vivir, para ser”, afirma. “Destacaría la oportunidad gracias a la cual estoy acá en la empresa. Y el estudio. Hice una técnica de confección industrial en Presencia Colombo Suiza y me gradué. De allá salí a hacer prácticas acá y aquí estoy”.

Alianzas para un mejor futuro

Hermeco es una empresa dedicada a la producción y comercialización de prendas infantiles. Hace nueve años tuvo la necesidad de mejorar la calidad de sus confecciones y unificar la marca, para lo cual contrató una consultoría de la Corporación Industrial Minuto de Dios. A partir de aquella se creó una planta donde trabaja población vulnerable, con la cual el Minuto de Dios, como empresa con enfoque social, tiene una larga experiencia. Son ellos quienes la administran y entregan la producción a Hermeco. En la planta las prendas confeccionadas por los maquila-

dores pasan por un proceso de inspección de calidad, plancha y empaque, para luego ser distribuidas a los puntos de venta.

Juan Carlos Botero, un profesional contratado por la OIM para hacer acompañamiento psicosocial a través del Programa de Paz y Reconciliación de la Alcaldía de Medellín, comenta que el Programa para trabajar con los reinsertados inició en el 2004, enfocado a la reintegración social, económica y ciudadana de los participantes y con el objetivo de que los desmovilizados se reconocieran a sí mismos y a los demás como personas valiosas: “Así fue como se empezaron a capacitar a unas 50 personas como operarios de confección en la planta de Belén”.

El proceso de selección de los beneficiarios se realizó a través de la metodología de perfiles laborales aplicada por la OIM con la financiación de la Agencia del Gobierno de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional. Como parte de este proceso se realizan pruebas piscotécnicas para definir la proyección laboral de los participantes. Para este proyecto se eligieron personas que hubieran tenido algún tipo de experiencia con el tema de la confección. Fue por ello que se favorecieron las que estaban estudiando en entidades como la Academia Superior de Artes y la Presencia Colombo Suiza, institución donde se encontraba James.



El bienestar de la vida comunitaria

“Cuando me dijeron que me iban a dar empleo a mí me dio alegría y satisfacción. Dije: “¡Uy! Voy a trabajar en una empresa, voy a estar todo al día como trabajador, como un empleado”, recuerda James con una sonrisa en su rostro y continúa: “Con la vida que he llevado es difícil ingresar a una empresa y aquí aproveché la oportunidad que me dieron”.

En el futuro James podrá iniciar su propia microempresa o taller. Tener máquinas para confeccionar lo que ha aprendido a hacer, en especial bluyinería. El objetivo es montarla con su esposa y otros familiares. Como las máquinas son costosas, sabe que es una meta que hay que lograr paso a paso.

Por lo pronto, su vida afectiva se desarrolla alrededor de su esposa, sus hijas y padres, con quienes también convive:

“Todos nos ayudamos mutuamente en la misma casa”, dice. “Todos colaboramos y nos ocupamos de un espacio del hogar. Mi madre, mi padre, todos están contentos con mi cambio. Mi madre a veces me da un piquito por ahí y me dice: Te felicito, vas muy bien, cuida a esa niña, dale estudio y sácala adelante”.

Con sus compañeros de trabajo las cosas también se ven muy bien. James tiene buenas relaciones con las otras personas de la planta. Algo digno de resaltar, pues en el mismo espacio de trabajo se reúnen ex combatientes de distintos bandos y víctimas del conflicto. La planta es también un espacio para la reconciliación. Cuando alguno se atrasa en las tareas, no es extraño ver que otros se queden después de terminar su jornada para apoyarlo.

El mensaje que James le quisiera dar a quienes están pasando por un momento de dudas o dificultades es que no flaqueen: “Que le metan empuje, que estudien y se propongan trabajar”, dice. “O sea, que aprovechen las oportunidades, que al primer fracaso o cualquier cosa, no se rindan, que la vida le pone a usted muchas veces también sus cositas. Entonces que no se dejen rendir, estudien y aprendan algo”.





PROYECTO PARA MONTAR UNA PLANTA DE CONFECCIÓN Y GENERACIÓN DE EMPLEO PARA POBLACIÓN DESMOVILIZADA

De acuerdo con un estudio realizado en el 2007 por la Corporación Industrial Minuto de Dios Confecciones, para aumentar la competitividad del sector de la confecciones se requería mano de obra calificada y sistemas estandarizados de evaluación de calidad en el mismo. Con base en ese hallazgo y en alianza con la empresa Hermeco (comercializadora y productora de la marca OFF-CORSS), la ACR y el Programa de Paz y Reconciliación de la Alcaldía de Medellín, la OIM implementó un proyecto financiado por la Agencia del Gobierno de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), para el montaje y puesta en marcha de una planta de confección industrial para maquilar ropa infantil. La planta permite el desarrollo de competencias laborales, estándares y normas de producción, genera oportunidades de negocio para 65 participantes del proceso de reintegración. El proyecto se estructuró en tres componentes: formación, montaje y producción y comercialización.



Una autoridad que se ejerce sin armas

Antes de ingresar a las Autodefensas, Marconis Martínez perteneció durante más de seis años al Ejército Popular de Liberación. “Cuando el EPL se desmovilizó, en 1991, yo no quise. Me quedé quieto en mi casa y no me presenté a las entregas de armas. Entonces empezaron a matar a los desmovilizados”, cuenta Marconis. “Yo entré al EPL tal vez por ignorancia, porque en el entorno en que vivía cuando pequeño todo lo que me rodeaba se relacionaba con las actividades de la guerrilla. Entonces me incliné por eso, porque no veía más. Terminé de estudiar y seguí las políticas del grupo”. La entrada de Marconis al EPL se produjo a mediados de los años ochenta.

“El proceso de desmovilización del EPL fue un desorden y algunos de ellos volvieron a tomar las armas”, narra Marconis, quien durante los años noventa trabajó como inspector departamental de policía en el Oriente del país. “Luego de que salí de ser inspector, me propusieron trabajar con las Autodefensas y accedí”. En la historia de la violencia colombiana la frontera entre los bandos puede ser porosa.

En el nuevo grupo obtuvo rápidamente la confianza y la estima de los comandantes. Además de su labor como patrullero, en ocasiones se le encargaba la gestión en los pueblos sobre los que el grupo armado ilegal tomaba control: “Uno manejaba las cuestiones que había que hacer allá en el pueblo. Uno trabajaba allá cuatro, cinco días, un mes, dos meses y luego retomaba sus funciones como patrullero”. Fue entonces cuando Marconis tuvo su primera experiencia de administración.

Autoridad sin fusil

Hoy Marconis es el representante legal de la Asociación de Desmovilizados de Urabá (ADESUR), la cual está ejecutando un proyecto de siembra y exportación de cacao en el corregimiento de Turbo. “A mí me ha tocado de todo. He tenido que ser la Cenicienta del proyecto, pero no me fastidia”, afirma Marconis. “A mí me enorgullece trabajar con muchachos. La meta mía es sacar el proyecto adelante, que los pelados se sientan con una forma de vida diferente y que algún día digan: ‘No, Marconis fue el que impulsó, el que nos colaboró y el que trabajó con nosotros para sacar esto adelante’”.

Además de sus labores como representante legal, Marconis ejerce como capacitador en los cultivos. Es una persona que participa en todas las etapas del proyecto, desde la siembra hasta el manejo de las finanzas. Una de las experiencias positivas que él rescata de la desmovilización ha sido el aprendizaje que ha adquirido con esa diversidad de responsabilidades. Marconis se comprometió con el proyecto desde sus inicios.

“Empecé a organizar el proyecto y a los muchachos a finales del 2005. Trabajé en el Centro de Referencia y Oportunidades de la Alta Consejería Presidencial para la



Reintegración durante un año. Me encargaba de la papelería, de los pagos y cogí mucha experiencia”, recuerda Marconis. El macroproyecto de siembra de cacao tiene como objetivo establecer 524 hectáreas netas de cacao agroforestal. Entre ellas, hay 200 hectáreas para apoyar el sostenimiento del proyecto, dedicadas al cultivo de plátano y maderables. De éstas últimas ya se han sembrado 80.

La totalidad de los 146 miembros que tiene ADESUR son desmovilizados y son deudores solidarios de los créditos ofrecidos para el proyecto. “El inicio del proyecto fue difícil, muy difícil. La primera etapa arrancó con doscientos cincuenta millones de pesos del Programa de Reincorporación a la Vida Civil del Ministerio del Interior y de Justicia. En noviembre, cuando el capital estaba dis-

puesto para nosotros, nos dimos cuenta de que los créditos se vencían el veintisiete de diciembre. Era el plazo que nos habían dado”, dice Marconis. Tuvieron un mes para comenzar las siembras o perdían el crédito.

Así que en pleno verano se comenzó con 50 hectáreas de cacao que lograron salir adelante. Pero luego se acabó el capital y el proyecto estuvo a punto de estancarse. “Entonces hablé con un abogado independiente que nos ayudó mucho en la primera etapa del proyecto”, narra Marconis. “Él me dijo: ‘Vea, ¿qué podemos hacer?’ Y yo contesté: ‘Si no hay plata, un mercado, cualquier cosa’. Me dijo: ‘¿Usted es capaz?’ ‘Yo soy capaz, yo consigo quince o doce muchachos y voy sosteniendo lo que está’. Y así fue, nos regalaron alrededor de cincuenta mercados y con eso trabajamos hasta que volvieron las entidades a hacer los aportes”.

El operador del proyecto es la Corporación Colombia Internacional, cuyo consejo directivo está compuesto por el Ministerio de Agricultura, el Departamento Nacional de Planeación, Proexport Colombia y el sector productivo agrícola privado. Las áreas de trabajo que apoyan el proyecto de ADESUR en Monomacho son el Servicio de Información Agropecuaria, Innovación y Calidad, Certificación Orgánica y Ges-



ción Empresarial. “Ellos y yo tomamos lo que son las planillas”, explica Marconis al describir su trabajo con la CCI. “En las planillas se le informa sobre el proyecto a todos los integrantes del comité operativo, quienes son los integrantes de las entidades que aportan los fondos. Estudiamos las planillas y se le pasan a la fiduciaria. Los aportes son más que todo de la Alta Consejería Presidencial para la Reintegración, de la Gobernación de Antioquia, de la Organización Internacional para las Migraciones, de la USAID y de algunas fundaciones, como Tejido Humano”.

Marconis es la cabeza visible de la ADESUR y ha logrado ejercer un liderazgo efectivo sobre los demás miembros, quienes le han reconocido los esfuerzos realizados para sacar el proyecto adelante: “Ellos me miran a mí como un líder y un patrón, porque siempre han venido conmigo de la mano. Yo les agradezco mucho, porque sin su ayuda no se podría llevar este proyecto hasta donde está. Hay que capacitarlos para poderlos manejar más fácil”, dice Marconis. “Manejar usted un grupo de 80, 60 hombres que fueron de pronto comandantes, requiere de estrategias, para que hoy en día acepten que uno los mande a ellos. Respetan mi posición”.



Nuevas oportunidades

Marconis estudiaba Administración y Finanzas gracias a la ayuda brindada por la Alta Consejería Presidencial para la Reintegración, la Organización Internacional para las Migraciones y USAID. “Escogí esta carrera con el objetivo de administrar bien el proyecto y multiplicar lo que estoy haciendo”. Además señala que es importante que los demás miembros de ADESUR estudien, “para que nos queden más fáciles las soluciones a los problemas del proyecto. Los estoy animando para que entren a la universidad, porque hoy en día hay una competencia fuerte en capital humano. Mi meta es prepararme para ser un profesional y manejar las cosas como debe ser”.

“Yo le debo a mi hijo el haberme desmovilizado y se lo digo muy seguido”. Marconis habría podido cambiar de Bloque o unirse a otro grupo, como ya lo había hecho una vez, pero la influencia de su hijo lo llevó a otro destino: “En el colegio le daban a mi hijo de 13 años unos volanticos donde se promovía la desmovilización”, cuenta Marconis. “Todos los días me llevaba eso. Y a raíz de una experiencia que viví, en la que me cerraron a plomo, recordé a mi hijo y tomé la decisión de renunciar a todo esto. Se dio la oportunidad de desmovilizarme y lo hice en el 2004”.

Marconis nunca estuvo separado de su compañera y su hijo, pues ellos lo seguían cuando él se mudaba de pueblo mientras estuvo vinculado a las Autodefensas. Sin embargo, su madre sufría mucho. Marconis era el único hijo vinculado a un grupo armado ilegal: “Siempre me llamaba y lloraba. Yo le decía: ‘No, espérese que yo voy a ir’”, dice. “Cuando ella vio que yo me iba a desmovilizar, se puso muy feliz y me felicitó”.

Las relaciones con la comunidad no fueron fáciles al principio. “Lo estigmatizaban a uno y lo señalaban”, dice Marconis. Sin embargo, una vez empezaron el proyecto, la aceptación vino. Sobre todo cuando demostraron que podían sacarlo adelante. “Ya la gente me estima. Me siento satisfecho con la comunidad”.

Es consciente de la importancia de los apoyos institucionales para que la desmovilización y reintegro a la comunidad hayan sido exitosos. “Agradezco mucho a la Alta Consejería que nos ha llevado de la mano en este proceso con psicólogos. Los procesos psicosociales le sirven a uno para la superación personal y profesional”, afirma Marconis, para quien la superación ha sido la ventaja más importante de haberse desmovilizado. Para lograrlo ha aprovechado también las capacitaciones facilitadas por la OIM: “...Por ejemplo tomé la de



manejo de empresa, liderazgo, mecánica, todas las que ha traído el proceso. Las que más me han gustado han sido las de liderazgo y la psicosocial del Módulo Cero, porque me ha ayudado a formar-

me como persona, mejorar mi autoestima y proponerme metas”.

La más importante de ellas es exportar cacao. Desea que ADESUR se convierta

en uno de los mayores exportadores de cacao de la zona y de Colombia. La expectativa es mejorar la producción y la calidad, pues “es un proyecto para beneficio de todos nosotros”.

PROYECTO DE CACAO EN EL MUNICIPIO DE TURBO, ANTIOQUIA.

Instalar y sostener 524 hectáreas de cacao agroforestal en el municipio de Turbo, Antioquia, para emplear a 146 personas en proceso de reintegración a la vida civil es el objetivo de esta iniciativa conjunta de la OIM, la ACR, la Asociación Tejido Humano y la Gobernación de Antioquia, iniciada en marzo de 2008. El trabajo y los recursos ofrecidos por estas instituciones junto con los créditos solicitados por las dos asociaciones de beneficiarios vinculadas al proyecto, permitieron reunir el capital requerido para el proyecto, que incluye la siembra de plátano como sombrío. Bajo la orientación de la Corporación Colombia Internacional, se espera que los cultivos alcancen una producción de más de 780 toneladas de cacao anuales. La comercialización de la producción del proyecto se realizará con la empresa Chocoexport, especializada en la exportación de café y cacao.



Volver de las garras de la muerte

“Cuando finalmente desperté y le vi la cara al médico, me dijo: Verdaderamente gracias a Dios está vivo”, narra Carlos Torres. “Le pregunté: ¿Por qué doctor? Y me dice: Porque lo de usted era para muerte instantánea y no sé cómo después de lo que le pasó y veinticuatro horas sin atención médica, usted está vivo”. Había recibido cuatro impactos de bala, entre ellos uno en el torso que casi le provoca un colapso de pulmón y otro cerca a la columna, que desde entonces le causa dolores en las extremidades superiores y lo ha dejado hasta el día de hoy en silla de ruedas. Las otras dos personas que desertaron con él de las Autodefensas Unidas de Colombia murieron en una emboscada que les hizo la guerrilla mientras huían por el monte.

Hasta aquella noche, Carlos Torres había trabajado con las AUC controlando los pueblos donde la organización estuviera ejerciendo hegemonía. Los paramilitares dominaban a la población con un puño de hierro. Los civiles eran asesinados si no seguían órdenes como el toque de queda por la noche, si consumían sustancias psicoactivas, si robaban, si chismoseaban o hablaban mal de otras personas, si no pagaban las vacunas, si colaboraban con la guerrilla; cualquier trasgresión podía costarles la vida.

“Me decían que yo era, como se dice allá, una madre. Que todo lo permitía. Que si hoy tienen que acostarse a las siete, yo les daba tiempo hasta las nueve. Eso causaba ajusticiamiento dentro de la organización”, afirma Carlos. Fue así que comenzaron sus problemas con los comandantes. Comenzó a escuchar rumores de que su tolerancia estaba causando molestias entre ellos y Carlos sabía bien las consecuencias que aquello podía acarrearle. Una noche llegó un comando contraguerrilla del Ejército y les dijo que estaba dispuesto a desertar de la organización y desmovilizarse individualmente. Se juntó con dos compañeros que también deseaban huir y tomaron un sendero que las autodefensas no tenía vigilado y donde se sabía que había presencia guerrillera. Fue allí que los emboscaron.

Carlos habría muerto allí mismo si dos campesinos no lo hubieran encontrado y llevado, en una hamaca amarrada a un palo, al puesto de salud más cercano. El puesto, sin embargo, estaba en paro y no tenía los equipos necesarios para mantenerlo con vida. Su madre, que había recibido noticia de que Carlos estaba muriendo allí, llegó al momento e hizo lo necesario para que lo trasladaran al hospital de la ciudad más próxima, donde recibió la asistencia necesaria. Más tarde supo que los paramilitares lo habían buscado en el puesto de salud para rematarlo.

Resucitar a la vida civil

La situación de Carlos no mejoró de la noche a la mañana. Sus primeros meses en la ciudad donde vivía su familia fueron difíciles. Estaba en silla de ruedas y golpeado por una profunda depresión. Incluso intentó quitarse la vida. Sin embargo, llegó una luz de esperanza: “No sé cómo un amigo mío de la infancia se enteró de que a mí me había pasado esto y que estaba ahí en la casa en el pueblo vendiendo chance en la puerta”, narra Carlos. “Él tiene un hermano trabajando en la Fiscalía, que en ese entonces estaba al frente de la Ley de Justicia de Paz. Le comunicó sobre mi situación y vino a hablar conmigo”.



Era el año 2004 y se estaban produciendo las desmovilizaciones colectivas. Carlos se acogió a la ley de Justicia y Paz y colaboró durante algunos meses con la Fiscalía, identificando fosas comunes y revelando la ubicación de campamentos de frentes que no se habían desmovilizado aún. Fue el primer paso para iniciar una nueva vida.

“La desmovilización de verdad ha sido algo muy bueno, porque, primero, dejé las armas, y segundo, aporté un grano de arena para la tranquilidad que se siente en la vida civil”, afirma Carlos. Aunque no fue fácil reincorporarse a la comunidad porque lo reconocían como un antiguo paramilitar,

“gracias a la ayuda que nos ha brindado la Alta Consejería para la Reintegración y las capacitaciones que hemos recibido en la Fundación Indufrial, me he ido adaptando nuevamente a la vida civil. Ya he vuelto nuevamente a relacionarme con la población”.

El despegue con Indufrial

La Fundación Indufrial lleva 17 años apoyando a población sensible, como desplazados y desmovilizados, con capacitaciones y microcréditos para la generación de pequeñas empresas autosostenibles. Recibe ayuda financiera de USAID a través de la Organización Internacio-

nal para las Migraciones, gracias a una alianza para implementar el Programa de Apoyo al Proceso de Reincorporación con Enfoque Comunitario en el departamento de Bolívar.

“Esta capacitación que nos ha dado Indufrial ha sido maravillosa y me ha dado mucha confianza para salir adelante y cambiarle la acción al país”, dice Carlos, quien ha tomado capacitaciones en, por ejemplo, Gestión Empresarial, Manipulación de Alimentos y Soladura.

La labor psicosocial realizada por Indufrial, con apoyo de la OIM y acompañamiento de la Alta Consejería Presidencial para la Reintegración, está dirigida a fortalecer la reintegración de los desmovilizados a la vida civil y darles asesoría en la elaboración de proyectos productivos propios y autosostenibles. Como explica Xiomara Monroy, psicóloga de Indufrial: “Trabajamos en conjunto con las tutoras de la Alta Consejería para que estos muchachos reciban el proceso que se necesita para la reintegración. Nos guiamos por lo que dice la ACR para poderlos seleccionar, porque sabemos que tienen unos requisitos para que puedan entrar a la Fundación Indufrial, como que ya estén en quinto de primaria, que tengan un proceso psicosocial activo y que cumplan con un perfil laboral”.

Indufrial asesora al beneficiario para que pueda iniciar su proyecto. El de Carlos es una tienda: “¿Por qué una tienda? Porque pienso que con mi compañera y con otras ayudas más podemos organizarla y yo mis-

mo la puedo dirigir”, explica Carlos. “Es lo que deseamos, seguir adelante, capacitarnos y olvidarnos de esa violencia que nos ha venido embaucando y perjudicando, no sólo a nosotros, sino al país entero”.





El proyecto también busca fortalecer al beneficiario desde el ámbito familiar: “El papel más importante dentro de este proceso lo tiene la familia”, dice Xiomara, una psicóloga de Indufrial. “Por eso tratamos de no desvincularla sino vincularla dentro del proceso”. Por razones de seguridad, no toda la familia de Carlos vive cerca a él. Sin embargo, ha fortalecido los lazos con quien ha podido. Así, cuenta: “Yo en un tiempo fui un hombre que prácticamente casi ni a la familia visitaba, pero ya ahora nuevamente estoy buscando la relación con mi familia. Tener nuevamente esa conexión familiar que se necesita”.

En estos años Carlos no sólo ha tenido la posibilidad de capacitarse, reintegrarse a la sociedad civil e iniciar un proyecto propio, sino también de cambiar su perspectiva en torno a la vida. Una transformación que se expresa en el mensaje que envía a todos los jóvenes del país: “Por favor, si les hacen propuestas para entrar a un grupo armado, pónganse la mano en el pecho y piensen en su familia, porque de verdad que entrar es fácil, pero salir es un calvario, un infierno. Por eso este mensaje de parte mía también es para todos los miembros que están en esos grupos. Tomen la decisión y desmovilícense, porque de verdad que es una vida nueva que se toma. Es un nuevo amanecer”.



PROYECTO DE ATENCIÓN INTEGRAL CON LA FUNDACIÓN INDUFRIAL

Con el objetivo de contribuir al proceso de reintegración de 400 desmovilizados ubicados en Cartagena, Magangué, Mompos, San Juan Nepomuceno, San Jacinto, Arjona, Maríalabaja y Carmen de Bolívar, la OIM puso en marcha, en coordinación con la ACR y gracias a la financiación de la Agencia del Gobierno de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) un proyecto de atención integral que incluye acciones de orientación ocupacional, formación laboral, vinculación a proyectos de inversión y apoyo psicosocial. La iniciativa, operada por la Fundación Indufrial, busca mitigar la dificultad de esa población para acceder al mercado laboral. A través de convenios con instituciones educativas, el Proyecto ha brindado a los beneficiarios formación laboral en mercadeo y ventas, manipulación de alimentos y cocina, refrigeración y electricidad, mantenimiento industrial y gestión empresarial, entre otras.



Mover el cambio

Eduardo Sierra trabajó en el Salón Francés, una academia de billar, antes de unirse al grupo contrainsurgente. El lugar lo frecuentaban amigos suyos que hacían parte de la organización: “Llegaban muchos allá y uno veía que fluía la plata y a mí el billete siempre me llamó la atención”, afirma Eduardo. Fue uno de ellos quien, en el año 2004, le ofreció entrar. La paga de setecientos mil pesos al mes y la impotencia que sentía ante el incremento de la criminalidad fueron sus motivaciones principales para unirse a las Autodefensas.

La única persona con quien Eduardo consultó la decisión fue el dueño del billar, “un amigo mío del alma”, dice Eduardo. “Me dijo: ‘Pregunte si le dejan trabajar por seis meses como prueba. Si no puede, no entre’”. A los pocos días el comandante llegó al billar para hablar sobre su reclutamiento. Lo primero que Eduardo aclaró con el comandante fue la posibilidad de retirarse después de seis, ocho meses o un año. “Si no la has embarrado, sales sano”, le respondió. “No hay ningún problema, a menos que te pongas a extorsionar o a hacer tus vueltas por ti mismo. Ahí sí te va la pelona”.

Sus últimas dos peticiones fueron que le permitieran trabajar en el área urbana y que si algún día cometía un error y la organización ordenaba su muerte, le hicieran saber las razones para la ejecución antes de realizarla. El comandante accedió y Eduardo recibió su arma, las municiones y lo despacharon de nuevo a su hogar. Le hicieron saber que ellos lo contactarían cuando tuviera que hacer una “vuelta”. Pasó casi un mes antes de que le encomendaran su primera tarea.

La vida en el cañón

Durante el tiempo en que estuvo vinculado a las Autodefensas, Eduardo vivió en la misma casa con sus padres, su hermana, su compañera y una niña de nueve años. Sin embargo, jamás habló con ellos sobre el tema. “Ellos se enteraron por su cuenta porque me veían salir y regresar y porque me visitaba mucho el jefe, pero nunca me preguntaban nada”.

Eduardo comenzó a cuestionarse sobre el trabajo que estaba realizando desde antes de desmovilizarse de las Autodefensas. Su vida de sicario se mezcló con una vida nocturna descarrilada: “Andaba tomando, malgastando la plata. No llevaba una semana de haber recibido la paga cuando ya estaba buscando prestado”, afirma. Fue entonces cuando comenzaron los remordimientos sobre su vida. “En el tiempo que estuve ahí, de pronto batallando, empecé a verle el sentido a la vida. Entonces a veces me preguntaba: ‘¿Bueno, yo qué estoy haciendo?’ Yo me encomendaba mucho a Dios y decía: ‘Bueno, Señor, ¿será que esto lo estoy haciendo bien o lo estoy haciendo mal?’ Hasta que comencé a sentir que no”.

En marzo del 2006 el bloque de las Autodefensas al que pertenecía Eduardo Sierra se desmovilizó. “Tuve un poquito de temor”, cuenta. “Temor porque un amigo

me contó que a los del M-19 los acabaron después de la desmovilización. Pero otros me decían que eso no era así. Que no había ningún problema y que había beneficios”.

Un negocio propio

La primera de las oportunidades que Eduardo aprovechó fueron los cursos de capacitación en el SENA. Uno de Merca-

deo y Ventas y otro de Emprendimiento Empresarial. Tenía claro que quería iniciar un negocio propio y cuando recibió la ficha que debía llenar como parte del proceso para realizar su perfil laboral, se inclinó por esa opción en lugar de la “empleabilidad”.

“Siempre le agradezco a la Alta Consejería, a la OIM y al equipo Mover por esa oportunidad tan grande que me dieron”, afirma Eduardo. “Viviré eternamente



agradecido y no se me va a olvidar nunca. Siempre los tengo presentes”. Mover es un proyecto operado por CHF Internacional con financiación de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, la coordinación técnica de la Organización Internacional para las Migraciones y el acompañamiento de la Alta Consejería Presidencial para la Reintegración. Su objetivo es asesorar a los desmovilizados que están iniciando un proyecto productivo propio.

En los talleres psicosociales de la Alta Consejería Eduardo se destacaba por su actitud crítica hacia los proyectos propuestos, porque decía que ninguno había salido adelante. “La tutora a lo último nos catalogó como a cuatro o cinco de ahí del taller, “Los Revoltosos”, no sé por qué. Groseros nunca fuimos”. Lo que exasperaba a Eduardo era que ninguno de los proyectos había despegado. Sin embargo, hubo algo de Mover que despertó el entusiasmo en Eduardo: “Jesús Rafael, de CHF, llegó a hablarnos un día sobre el programa. Creo que fue en junio del 2007. Algo dentro de mí me dijo que éste sí iba a funcionar. Tanto que empecé a defenderlo, algunos compañeros me decían ‘lambón’, e incluso la tutora me dijo: ‘Pero Eduardo, ¿usted por qué defiende algo que ni siquiera conoce?’ Pero tan bien funcionó que aquí estoy”.





El negocio que montó Eduardo fue un almacén de misceláneas: “Lo abrí en el 2008 y vendo utensilios para cocina, juguetes, papelería, cuadernos, esas cosas. Jarras plásticas y cosas que se puedan utilizar. Adornos para nevera, percheros, cristalería, vasos de vidrio, pintaúñas, aretes...”. A Eduardo se le acaba el aliento enumerando los objetos que vende en la tienda. “Fue cuando entré a la asesoría de Mover que realmente empecé a notar un cambio en mi vida”.

Eduardo sostiene que la comunidad lo recibe bien y tiene la teoría de que una persona tiene que poner de su parte para que lo aprecien: “Hay más de uno que se siente un poco estigmatizado. Yo pienso que si a esas personas los están estigmatizando es porque de pronto están fallando. No se están sabiendo llevar con la comunidad”.

Los planes de Eduardo son, una vez el negocio esté andando, se hayan solventado las deudas y esté produciendo ganancias,

buscar un empleo en un campo minero o una empresa privada para tener una fuente adicional de ingresos. “No quiero estancarme en el negocio, porque hay días que las ventas no son buenas, entonces uno tiene que trabajar por otro lado porque hay gastos, a los niños hay que pagarles colegio y todo eso”.

También ha vivido un regreso a la familia. Su estabilidad laboral ha fomentado una reintegración familiar: “Tanto así que, por ejemplo, antes de que yo perteneciera a esto me perdía todo un día y no recibía una llamada, era nulo ahí. Ahora cuando salgo y digo: ‘Voy para tal parte’ y ya más o menos ellos calcularán que puedo estar regresando y no he regresado, entonces me llaman: ‘¿En dónde estás?’”. Tiene una niña de 12 años llamada Angie, que cursa séptimo grado y un hijo de tres años que está en el jardín. Cuando habla sobre él le brillan los ojos: “Habla inglés y es muy inteligente el sinvergüenza ese”, dice.

Los amigos de Eduardo critican que lo haya matriculado tan temprano al taller, pero él sostiene con vehemencia que a los hijos hay que motivarlos a explotar sus talentos. “Estoy más integrado a la familia. Hay más diálogo. Y con los hijos... cómo lo digo... son lo más sagrado que tengo”.



PROGRAMA MOVER

Con el fin de apoyar a la población desmovilizada de manera integral con asistencia psicosocial, desarrollo humano, orientación ocupacional y alternativas para la generación de ingresos, la Organización Internacional para las Migraciones, en coordinación con la Alta Consejería Presidencial para la Reintegración, puso en marcha en el 2006 el Programa Mover. El Programa, ejecutado por CHF Internacioanal y financiado por la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) ha facilitado la reintegración de 280 ex combatientes y sus familias en Montería y Córdoba, y ha beneficiado a 115 miembros de la comunidad local. Los participantes, de acuerdo con su perfil ocupacional, han recibido apoyo para fortalecer o establecer unidades productivas y para vincularse a trabajos temporales.



Nuevas raíces en campo abierto

“Le cuento la verdad. Al principio, cuando entré al proyecto, no me parecía algo viable, algo que tuviera futuro”, cuenta Robeiro, quien estuvo vinculado desde los 16 hasta los 24 años a las Autodefensas Unidas de Colombia. “Yo entré al proyecto, más que todo, por cumplir los requisitos del gobierno. Nos pedía que estuviéramos en algún proyecto como parte del apoyo económico”.

Recibió la noticia de la desmovilización de parte de su comandante con molestia y escepticismo, porque se acostumbró a la labor que realizaba en las AUC. Fue la reacción de la mayoría de la tropa. La organización les había lavado el cerebro: “Ahorita veo que estaba errado en el camino, pero mientras que estaba allá, no”, confiesa Robeiro. “Desde que uno entra son cuatro meses de sólo capacitación para lo que hay que hacer allá. A uno le decían: ‘Usted aquí no está solo. Usted tiene más compañeros. Usted aquí va a trabajar por la región. Usted no tiene papá. Usted no tiene mamá. Usted no tiene hermanos. Y uno se empieza a meter una raíz de amargura. Uno ya nunca piensa con cabeza fría”.

Buscó a las AUC para entrar a sus filas cuando su padre contrajo una enfermedad y no pudo hacer aportes económicos para sostener a la familia. Ante la escasez y el hambre que pasaron, tomó la decisión de dejar los estudios y el trabajo de jornalero que realizaba con su padre en busca de un camino más lucrativo. No consultó la decisión con nadie y se fue a escondidas de su familia: “Y una vez que estuve dentro ya no podía salir”, explica Robeiro.

Su padre fue varias veces al monte, donde estaba el campamento de Robeiro y lo amonestó por la decisión que había tomado. Insistía que hablaría con el comandante para que lo dejaran regresar a su casa y que prefería pasar hambre con él, su madre y sus hermanos que ver a un hijo involucrado en esas actividades: “Yo lo pensaba mucho por mi papá y mi mamá, que querían que volviera. Pero no, uno ya después de estar allá le va encontrando como el sabor a eso”.

Bajar de la montaña

Otra persona que le insistía para que saliera de las AUC era su compañera. Cuando recibía permisos para salir y la visitaba, sostenían conversaciones durante las cuales ella intentaba disuadirlo de permanecer allí: “Me aconsejaba que no estuviera en esa vida, que me saliera, que intentara desmovilizarme individualmente, pero ahí sí me negaba. Fue básicamente la persona que me jaló a lo que soy hoy en día”. El día en que se dio la desmovilización colectiva ella le dio compañía y apoyo. Aunque ya no están juntos, “es algo que a mí nunca se me olvida, que ese día estubo al pie mío. Ha sido un recuerdo muy lindo”.

Lo primero que Robeiro disfrutó de haberse desmovilizado fue la libertad. Salir, viajar y trabajar en lo que deseara era un privilegio del que estuvo privado durante los ocho años que perteneció al grupo. “Poder, si uno se aburría trabajando en un lugar, ir a buscar otro trabajo. Eso es ser libre. No está uno atado ni amarrado a otra persona, a lo que quiere hacer ella con uno como si fuera un esclavo”, dice Robeiro, quien siempre ha gozado del trabajo en el campo, tal como lo está haciendo ahora. “Es lo que siempre he anhelado”.



Al principio, sin embargo, hubo dificultades. Durante los primeros meses que siguieron a la desmovilización le fue imposible encontrar trabajo en las fincas donde se presentaba: “Lo primero que nos preguntaban era: ‘¿Usted es desmovilizado?’ ‘Sí’. ‘Ah no, entonces no, no hay trabajo. Ustedes no están enseñados a trabajar el campo’”, cuenta Robeiro. “Lo mismo pasaba en los pueblos. Y para nosotros era muy triste porque uno nunca encontraba trabajo”.

A menudo se sentía aislado de la comunidad, sin mayores conocidos o amigos. Era difícil relacionarse y encontraba difícil

acercarse a las muchachas. Le hacía falta el “compañerismo” de las AUC y la sensación de poder que producen las armas a quien las porta: “Pero al transcurrir del tiempo las cosas fueron cambiando. Ya uno se siente muy bien al caer en cuenta que pertenece a la comunidad”.

La gran transformación

El cambio de Robeiro fue dramático. Todos lo notaron. “Es un caso muy interesante”, explica Luisa Fernanda Useche, monitora de campo del Programa de

Reintegración y Desarrollo Comunitario en los Departamentos de Antioquia y Sucre de la Organización Internacional para las Migraciones y la Fundación ARGOS, “porque cuando yo conocí a Robeiro, en marzo del 2007, era una persona absolutamente silenciosa. Él ha tenido un proceso muy chévere porque poco a poco se ha ido apoderando de su rol como líder dentro del proyecto, hasta tal punto de llegar a ser elegido por su propio grupo como el presidente de la asociación”.

En sus propias palabras, ingresar al proyecto fue algo que le cambió la vida. Hasta que llegó ese proyecto de cultivos de ají jalapeño, Robeiro había comenzado varios otros que no habían salido adelante. Pero este proyecto sería diferente, porque había logrado vincular a dos empresas privadas estratégicas en su desarrollo: la Fundación ARGOS y Comexa Foods, que se habían unido a los esfuerzos de la Alta Consejería Presidencial para la Reintegración, la OIM y la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) para generar opciones sostenibles de generación de ingresos para la población desmovilizada y vulnerable. Comexa Foods sería el socio para la comercialización, y la Fundación ARGOS, en el marco de su estrategia de

responsabilidad social corporativa y buscando beneficiar a las comunidades de su zona de influencia, destinaría importantes recursos financieros y humanos para apoyar el proyecto. Cuando se recogió la primera cosecha Robeiro comprendió que había encontrado una opción de vida para él y sus compañeros.

“Nosotros habíamos elaborado unos proyectos, pero nunca nos habían salido. Vimos que éste nos salió y nos metimos”, cuenta Robeiro. “Pero con el pasar de los días el proyecto empezó a caminar y con

otro compañero empezamos a ver su viabilidad”. Fue cuando cayó en cuenta de que si le ponían empeño podían sacarlo adelante. El esmero y emprendimiento que demostró lo fueron convirtiendo en un líder. El trabajo en el campo fue el contexto adecuado para dejar atrás su silencio y timidez.

Hoy Robeiro es el presidente de la asociación de desmovilizados que tienen propiedad colectiva sobre los cultivos. “Hasta el momento he luchado mucho por mi asociación y estoy muy contento de poder ser líder de un gru-





po”, dice Robeiro sonriendo. “Es la primera vez que lo hago y para mí ha sido un cambio, porque antes yo era subordinado y ahora, aunque empecé desde muy abajo, mando. Yo siento que he crecido mucho”.

Una parte importante de este crecimiento fueron los acompañamientos psicoso-

ciales de la Alta Consejería Presidencial para la Reintegración y la Fundación ARGOS y las asesorías técnicas de la OIM. Robeiro afirma que le ayudaron a dejar atrás el condicionamiento al que estuvo sometido mientras hacía parte del paramilitarismo: “Uno, al llegar aquí a la realidad y más con la ayuda psicosocial, se

entera de que las cosas son distintas. El personal que ha habido aquí de la OIM me ha apoyado mucho”, cuenta. “Siempre ha estado conmigo. Me han ayudado, me ha aconsejado, mejor dicho, más que unos profesores y amigos para mí han sido como hermanos”.

Incluso ha utilizado lo que aprende en los talleres para evitar que otros cojan malos caminos. Ayudó a su hermano y a su grupo de amigos para que reflexionaran sobre las compañías que estaban eligiendo y las actividades que estaban realizando. Robeiro se pone como ejemplo de una experiencia que no vale la pena vivir. El estar plenamente convencido de su nuevo camino le ha permitido ser ejemplo para otros y también mantenerse alejado de las bandas armadas emergentes que lo han buscado. “La gente que lo conocía a uno me ha convidado a participar en grupos armados, pero les digo que no. Yo ya empecé una nueva vida y quiero seguir así”, dice Robeiro.

Sus objetivos para el futuro son sacar adelante los cultivos de ají y seguir estudiando. “La parte fundamental del proyecto han sido las capacitaciones. Nos han enseñado todo en cuanto al cultivo. Desde ofrecer empleo hasta



crear empleo. Empezar de lo bajo para subir a lo alto”. Robeiro piensa continuar la educación escolar, que ya tiene adelantada hasta séptimo y validar para estudiar una carrera relacionada con el campo, como Agronomía.

Aunque eventualmente quisiera tener una familia propia, no tiene compañera y está satisfecho sosteniéndose solo. Habla con sus padres y los apoya cuando necesitan ayuda, pero está concentrado en su propia vida y sus objetivos per-

sonales. “Mi meta es sacar adelante la asociación. Yo creo que he hecho mucho por ella y que tenemos buen respaldo, como de la OIM, la USAID, la Fundación ARGOS y la ACR, y quiero seguir luchando por el proyecto”.

PROGRAMA DE REINTEGRACIÓN Y DESARROLLO COMUNITARIO EN LOS DEPARTAMENTOS DE ANTIOQUIA Y SUCRE

Con el objetivo de apoyar la recuperación económica y social de las familias de los municipios de Puerto Nare y Puerto Triunfo en Antioquia y San Onofre en el Departamento de Sucre, en 2007 la OIM, la Fundación Cementos ARGOS y la ACR iniciaron la implementación de esta iniciativa financiada por la Fundación y el gobierno de los Estados Unidos a través de su Agencia para el Desarrollo Internacional (USAID). La iniciativa tiene como meta atender, con la siembra de 90 hectáreas de ají tabasco, alrededor de 300 familias de forma directa, entre las cuales se encuentran desmovilizados y población vulnerable; y a 1600 personas de la comunidad (mujeres, campesinos, niños, niñas profesores) de forma indirecta. Como resultado del ciclo productivo de estas hectáreas se comercializarán más de 480 toneladas de ají, a través de la empresa COMEXA FOODS y su marca AMAZON, socio estratégico de la alianza. El proyecto también comprende actividades complementarias para el fortalecimiento social, empresarial, educativo y ambiental de las poblaciones atendidas.





Una vida de liderazgo

“Lo más importante para mí es no pasar en vano, dondequiera que me ponga Dios”, afirma Sandra Milena Sandoval, quien ha ejercido su talento para el liderazgo desde la adolescencia, cuando comenzó a trabajar con la Junta de Acción Comunal de su vereda y con el cabildo indígena de la comunidad Nasa donde se crió. “Fui secretaria de la JAC y tuve cierto liderazgo en una iglesia cristiana a la que estuve vinculada. Me acuerdo que la iglesia creció mucho durante el tiempo que colaboré allí. Inicié, por ejemplo, un proyecto de panadería que todavía sigue en pie”.

Sandra ingresó formalmente a las FARC en el año 2000, después de ser colaboradora durante algunos años: “Entré a las FARC por ideales. Me movía mucho la injusticia social y eso me llevó a querer luchar por las necesidades de la gente”. Tuvo oportunidades para trabajar con la población civil durante los tres años que estuvo vinculada al grupo armado ilegal: “Mi tarea era reunirme con la gente y ayudarla a resolver problemáticas, a conformar Juntas de Acción Comunal y a mediar conflictos”. Su experiencia en la JAC de su vereda natal, al Suroccidente de Colombia, le permitió el capacitar a otras comunidades en la redacción de actas y demás labores administrativas. Ascendió rápidamente dentro de la organización y al año de haber ingresado tenía una escuadra bajo su mando.

En el año 2003 contrajo una gripa que se convirtió en bronquitis y tuvo que regresar a su pueblo natal para recuperarse. Después de casi dos semanas de convalecencia Sandra todavía no había superado la enfermedad, pero se puso de pie y se presentó de nuevo al campamento. La necesidad de desafiar sus limitaciones y superarlas con fuerza de voluntad es una característica de su personalidad: “Yo siempre creo que puedo hacer todo, por difícil que sea, pero a veces uno no puede”, afirma Sandra. Cuando el comandante vio su estado de salud, debió devolverla al pueblo para que se terminara de mejorar.



Fue durante su segundo reposo que llegó el Ejército a su hogar. Una compañera que se había desmovilizado la delató y Sandra fue llevada a un batallón, donde estuvo detenida durante 30 horas. El Ejército sabía que ella estaba vinculada a las FARC, pero no podían retenerla durante más tiempo por falta de pruebas. A causa de la cantidad de tiempo que estuvo detenida y la facilidad con que fue puesta en libertad,

el comandante sospechó que había iniciado una negociación con el Ejército. Perdió confianza en ella y no la dejó permanecer en el campamento. Le ordenó hacer labores de inteligencia en el pueblo.

En uno de sus viajes al campamento un compañero le insinuó que su vida podía correr peligro: “Me dijo: ‘Si yo fuera usted y me dejaran salir, no re-

gresaría’”. Ella, sin embargo, ignoró la recomendación: “Yo no tenía nada qué ocultar”, dice. “Pero las cosas se complicaron porque en el pueblo operaban los paramilitares. Ya habían intentado hacerme dos veces seguimiento para matarme y en los retenes del Ejército me buscaban con una foto mía que había quedado en el expediente”.

Una vuelta de tuerca

Tras consultarlo con su familia y el pastor de la iglesia, Sandra llegó a la conclusión de que debía darle un rumbo distinto a su vida y optó por desmovilizarse. Se presentó a la alcaldía del pueblo e inició su proceso. Fue una decisión que transformó la estructura que había elaborado para su vida. “Yo pensé morirme en la guerrilla. Uno allá no tiene perspectivas ni planes hacia el futuro”, dice Sandra. Su principal prioridad fue a partir de entonces su hija y buscar un rumbo en el ámbito profesional.

Fue ubicada en una de las ciudades más pobladas del país, donde experimentó un rudo cambio de ambiente que le produjo una fuerte desazón emocional. A Sandra no le fue fácil ajustarse al ambiente citadino, donde las exigen-

cias económicas son abrumadoras y las relaciones sociales son más impersonales. Por otro lado, el contexto que se vivía en los albergues para desmovilizados que habitó durante varios meses la agobiaba: “Lo más difícil fue estar en los albergues. La gente se desestabiliza emocionalmente y eso lleva a conductas destructivas”, sostiene.

Su sensibilidad hacia los desafíos que enfrentan los ex combatientes para reincorporarse a la vida civil motivó a Sandra Milena para unirse a la Asociación Nacional de Desmovilizados (Andes), que entre otros objetivos busca facilitarle a los ex combatientes el acceso a vivienda.

“Para mí todo este proceso ha sido de ensayo y error”, confiesa, pues ha debido hallar su propio camino profesional, los contextos donde mejor puede desarrollar su espíritu de servicio social y el lugar donde pueda establecer un hogar con sus hijas, una de las cuales nació después de su desmovilización. Su vida laboral ha rendido importantes frutos en la Secretaría de Gobierno de la Alcaldía Mayor de Bogotá, donde trabaja actualmente y se ha ganado la estima de sus empleadores.



El alma mater

La oportunidad de vincularse directamente a la universidad llegó para Sandra en el primer semestre del 2008, gracias al Programa de Reincorporación con Enfoque Comunitario que implementa la Organización Internacional para las Mi-

graciones (OIM) en coordinación con la Alta Consejería Presidencial para la Reintegración (ACR) con financiamiento de la Agencia del Gobierno de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), el cual le permitió acceder a una beca para educación superior. Luego de validar el bachillerato, Sandra ingresó

al programa de Ingeniería de Sistemas de la Universidad Central.

Su decisión, un poco sorprendente dado su interés en la política, en realidad responde a un deseo de hacer un aporte a la comunidad donde vivía y a un desafío personal: “Yo no sabía nada de tecnología, era algo muy lejano para mí. Escogí

esta carrera porque es un reto. Además, mi proyecto es montar un centro de cómputo en mi vereda y dar capacitaciones”, afirma Sandra Milena. Sin embargo confiesa que su verdadera pasión es la Ciencia Política y el Servicio Social.

Sandra hace magia con el tiempo para cumplir con sus responsabilidades fa-

miliares y con las oportunidades que la vida y su vocación de líder le han abierto. “Algo que me ha permitido la desmovilización es una mayor variedad de opciones de vida y abrir mi mente a nuevas ideas”, afirma. Sandra tiene un apetito de novedad voraz y una aguda rapidez para integrar nuevas visiones de mundo: “Me he dado cuenta de que no hay una sola verdad, sino que cada uno tiene su verdad y que todas juntas construyen una realidad”. La vida universitaria es uno de los nuevos contextos que le permite absorber este prisma de posiciones ante el mundo.

Sandra organizó a los estudiantes que han recibido el apoyo de las becas para montar, por iniciativa propia, una fundación llamada Red de Estudiantes Universitarios. “Estamos en proceso de legalizarnos y a nuestra plataforma de trabajo”. La iniciativa tiene tres objetivos. El primero, canalizar las necesidades y preocupaciones de los estudiantes ex combatientes; segundo, luchar por la justicia social bajo el lema “abandonamos las armas pero no los ideales”; y tercero, crear espacios de discusión donde se compartan ideas y conocimientos en torno a la realidad nacional y se estudie la Constitución Política de Colombia.





Sus perspectivas para el futuro las tiene claras. Por un lado, desea vivir en la ciudad para que sus hijas puedan acceder a un mejor nivel educativo. Terminará sus estudios profesionales

en una o más carreras para colocar sus conocimientos a servicio de la comunidad y piensa seguir ejerciendo su capacidad de liderazgo y llamado de servicio comunitario desde la vida civil.

“Las armas ahora sólo agudizan más la violencia. Quiero trabajar por quienes lo necesiten desde acá. El verdadero revolucionario es a quien le duelen las necesidades del otro”.

BECAS EN PRE-ICFES Y EDUCACIÓN SUPERIOR

El proyecto para la creación de un fondo de becas para pre-icfes y educación superior se inició en el 2006 con el objetivo de impulsar la formación académica y ocupacional de los jóvenes en proceso de reintegración. Los 277 jóvenes seleccionados a nivel nacional reciben financiación para prepararse y presentar al examen de Estado o para ingresar a una institución de educación formal donde pueden capacitarse de acuerdo con sus aspiraciones personales. La meta es beneficiar, con este último componente, a 198 hombres y mujeres en proceso de reintegración. Este proyecto, ejecutado por la Alta Consejería Presidencial para la Reintegración y la OIM con la financiación de la Agencia del Gobierno de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), promueve la retribución social, ya que los beneficiarios se desempeñan en campos y disciplinas en los que de una u otra manera ayudan a los demás.





Volver de allá

La hija de Ever Martínez nació el 1 de enero del 2007, casi un año después de que el Bloque de las Autodefensas al que pertenecía se desmovilizó. Fue un momento para nuevos comienzos y para retomar viejas historias. “Yo conocí a la mamá de la niña cuando éramos niños, en el pueblo donde nació. Habíamos tenido un amor”. Se volvieron a encontrar en la ciudad: “Ella fue la que me recogió con mi hermana cuando yo llegué”.

En la etapa inicial del proceso de reintegración, Ever trabajaba por la noche como vigilante y asistía durante el día a los talleres psicosociales y las capacitaciones en confecciones ofrecidas por Compartir, a través de un convenio con la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) y la Alta Consejería Presidencial para la Reintegración. “Yo escogí la capacitación en telas para trabajar en el proyecto con la General Motors en Confecciones Minuto de Dios y estuve allí un tiempo”, dice Ever, quien pudo dejar su trabajo anterior una vez ingresó a Confecciones Minuto de Dios. Cuando salió, la experiencia adquirida le facilitó el paso al taller de moda de EMZOLET, una de las empresas de la Alianza Comercial Inver, donde trabaja actualmente.

Es una casa en un barrio residencial que cuenta con un taller de máquinas y costura, una sala de muestras y una oficina. Emilse, la dueña del taller, lleva 15 años diseñando prendas y ahora distribuye sus confecciones en cuero de bisonte por todo el país y exporta a Venezuela. El trabajo con pieles de este animal inició hace tres años, cuando Emilse recibió la invitación a participar en un proyecto financiado por USAID y que recibía el apoyo técnico de la OIM. El objetivo era que en el personal de la empresa se incluyera población vulnerable y en proceso de reintegración a la vida civil.

El talento de Ever para el trabajo de confecciones lo adquirió cuando pequeño, mientras ayudaba a su madre a trabajar en la máquina de pedal. “Mi mamá tenía una maquinita vieja y con ella aprendí algo.

Mi hermana es modista”. Sin embargo, a pesar de tener familiaridad con aquel trabajo, su primer intento en el programa de reintegración fue iniciar un proyecto pecuario y otro de mecánica

con cuatro compañeros. Ahora, Ever ha encontrado el lugar donde puede aprovechar sus habilidades con un material que nunca se imaginó aprendería a manipular: la piel de bisonte.



Alianzas con pieles de bisonte

“El proyecto con la piel de bisonte surgió en el Senado de los Estados Unidos, en el marco de las negociaciones del TLC. La idea de usar esa piel es porque en Dakota, en Estados Unidos, una distribuidora mayorista de carne de bisonte quería vender las pieles para aprovecharlas y al mismo tiempo se quería apoyar una labor social”, explica Emilse. A partir de estos primeros contactos, el proyecto se estructuró para que la embajada canalizara el dinero a través de USAID y de la OIM. “Por eso nos vincularon [a todas las empresas de Inver] a esas organizaciones, cosa que me parece perfecta porque de lo contrario no hubiera pasado nada. Cuando uno no está ligado a algo, es muy difícil que la gente tenga compromiso”.

A través del Programa de Apoyo al Proceso de Reincorporación con Enfoque Comunitario de OIM, Emilse recibe ayuda económica para obtener las pieles y brindar capacitación a los empleados que pertenezcan al programa de reintegración. El compromiso de Emilse es contratar a ex combatientes, al igual que las demás empresas de la Alianza Comercial Inver. “La OIM nos pidió crear una empresa donde se canalizaran los dineros y que esa empresa se responsabilizara también de la contratación del personal. Eso es lo que estamos haciendo en este momento y hemos avanzado mucho”.

El enemigo desaparece

La primera vez que Ever se sentó con ex combatientes de la guerrilla durante los talleres psicosociales de la Alta Consejería, tuvo miedo de que después fueran a seguirlo para matarlo. “Cuando estuve haciendo los primeros cursos fue incómodo. En los psicosociales casi todos son izquierdistas, pero después todos dijimos que lo que pasó allá, fue allá y acá es otra cosa. Ahora es una amistad buena la que tengo con ellos”. Los talleres fueron un espacio donde antiguos enemigos pudieron verse con nuevos ojos.

A su vez, Emilse también ha podido ver con nuevos ojos a los ex combatientes mediante su taller de moda: “Son personas que viven agradecidas porque algunos han dicho que es la primera vez que los tratan bien. Algunos me han dicho que los trate mal, porque a eso es a lo que están acostumbrados, pero no. Yo los trato como a cualquier otra persona. Realmente merecen otra oportunidad y si uno se las da, la toman”. Una de las gratificaciones que Emilse ha recibido de su participación en este proyecto ha sido la oportunidad de ayudar a mostrarle nuevas oportunidades a los ex combatientes que llegan a su taller.

Uno de ellos fue Nelson, quien a raíz de un combate quedó con un impedimento motor en su mano derecha. “Él se estresaba



muchísimo porque no podía manipular los materiales”, recuerda Emilse. “Yo a él le di mucha terapia de autoestima. Le decía: ‘Tú no tienes una neurona menos que nadie, si hay pintores que lo hacen bien con la boca, con los pies, ¿por qué no lo vas a poder hacer bien si tienes las dos manos?’ Y ese muchacho después me hizo una chaqueta perfecta”. Emilse no olvida la cara de satisfacción que vio en su rostro.

Apertura hacia el mañana

“De desmovilizarme me ha gustado aprender el trabajo que estoy haciendo. No pensaba trabajar en cueros hasta ahora y me gusta. Me quiero quedar un rato largo”, dice Ever, quien también tiene pensado comprar unas máquinas para iniciar un proyecto propio. Estuvo cotizando unas en la ciudad, pero por lo pronto no podría obtener más de una.

“Lo seguro es que no vuelvo a un grupo armado. Esos tres años para mí fueron perdidos. Para mí no ha sido difícil el proceso de reintegración. Estoy sólido aquí y aquí me quedo. Me gustaría tener mi propio negocio. Ya tengo mi maquinita pero no es para cuero, sino para cocer tela. Ahí tengo mis pedidos, poquito a poquito ahí vamos”, confiesa Ever y asegura que seguirá haciendo costura. “Pero yo quiero seguir trabajando con doña Emilse hasta que ella no me quiera tener más”.

Algo que probablemente no sucederá, pues Emilse se encuentra satisfecha con el desempeño de Ever. “Él aprende muy bien. Corta y cose, que es algo que no se consigue fácil, porque la mayoría de la gente hace una de las dos”. Su experiencia positiva con la población vulnerable la ha llevado a querer incorporar a otras empresas al proceso de contratación de ex combatientes. “La idea es que este proyecto se expanda y que aporte a una labor social”, dice Emilse. “Qué rico poder ayudar y ganar beneficios. Yo pienso que a largo plazo podemos sacarlo adelante”.





PROYECTO PARA MANUFACTURA DE PRODUCTOS EN PIEL DE BISONTE DE ESTADOS UNIDOS

El proyecto es una iniciativa nacida en agosto de 2006, con el objetivo de generar oportunidades de empleo sostenible para los participantes del proceso de reintegración a través de la utilización de la piel de bisonte originaria de Estados Unidos, para manufacturar en Bogotá artículos en cuero y prendas de vestir, las cuales se comercializarían en el mercado norteamericano. Las empresas manufactureras tienen como meta emplear en sus plantas de producción a 52 personas en proceso de reintegración y otra población vulnerable a quien capacitan en una modalidad técnica-práctica. Gracias a la unión de los recursos financieros de la empresa privada y el gobierno de los Estados Unidos a través de USAID, se dio vida a Alianza Comercial Inver, empresa que agrupa a cuatro compañías del sector del cuero vinculadas a la iniciativa. Actualmente seis personas en proceso de reintegración trabajan en las empresas de la Alianza Comercial Inver.



Abandonar el odio y aplacar el miedo

“No dejaría que mi hijo tuviera la vida que tuve yo”, afirma Fausto Enrique Calderón y desvía la mirada hacia una ladera cubierta por cultivos de cacao y palma. “Si quiere ser del Ejército o de la Policía, se le respetará la decisión. Pero si me pregunta, le diría que no lo hiciera, porque yo en las Autodefensas lo que aprendí fue a odiar. A uno le enseñaban a odiar. Le decían a uno que aquella era familia de guerrilleros, entonces uno los odiaba. A los policías también. No los podía ni mirar”. Para Fausto, desmovilizarse fue una oportunidad para dejar atrás los odios.

Hoy trabaja, junto a otros desmovilizados más, en los cultivos que ha sembrado la Cooperativa de Trabajo Asociado Humanitas al nororiente de Colombia. El origen de los proyectos de siembra de cacao y palma en la zona se encuentra en los estímulos que se realizaron durante el 2001 para la sustitución voluntaria de cultivos ilícitos en esa región. El éxito de esos proyectos generó la motivación de ponerlos en práctica con otro segmento de la población vulnerable: los desmovilizados. “Sabendo que dentro de las personas que se desmovilizaron había muchos de origen campesino, surgió la idea de vincularlos para suplir las necesidades de mano de obra. Pero no como simples trabajadores u obreros, como se hace tradicionalmente, sino a través de una organización o una empresa que los respalde, que les dé todo el apoyo, que busque un bienestar para ellos y que les garantice una seguridad social y unos beneficios legales”, afirma Roger, gerente de la Cooperativa Humanitas.

Fausto perteneció a las Autodefensas en una de las regiones colombianas más sacudidas por la violencia. Cuando tenía dos años, su padre fue asesinado por la guerrilla. Sin embargo, Fausto afirma que no entró a las Autodefensas para vengar la muerte de su padre: “Entré por razones económicas. No tengo rencor ni nada”, dice Fausto. “Fue conveniente, por decirlo así, dada la situación del pueblo. No había trabajo, nadie lo empleaba. Entonces lo hice por llevar algún dinero a la casa, por sostener a la familia”.

Una temporada en el infierno

Durante los tres años que Fausto perteneció a las Autodefensas debió sobrellevar dificultades que le hicieron pensar varias veces en abandonar la organización, antes de la desmovilización colectiva del bloque al que pertenecía. “En un tiempo pensé en irme, pues ya la situación era muy rígida. Le tocaba a uno aguantar mucha hambre. Nos tocaba muy duro. Pero uno se pone a pensar que si uno deserta las filas, pueden ejecutar represalias contra la familia. Entonces eso es lo que lo hacía a uno pensar en no huir”. Fue por ello que Fausto se mantuvo dentro de la organización hasta el año 2005.

Entretanto, también debió evitar que su hermano menor ingresara a la organización. Su madre sufría mucho con el camino que había elegido Fausto y él era plenamente consciente de lo difícil que sería para ella que dos de los hermanos corrieran el riesgo de pertenecer a un grupo armado ilegal. “Lo que más me dolió de ingresar al grupo fue mi familia. Yo quería que mi mamá fuera feliz, que estuviera contenta, pero cuando la llamaba, me contestaba que ella no estaba feliz, que estaba muy incómoda, que no podía dormir, no podía vivir bien pensando en mí, que era uno

de los hijos menores”, recuerda Fausto. Su hermano hizo dos intentos de ingresar porque la primera vez que entró a las Autodefensas, Fausto lo hizo retirar. Ya llevaba un año en el grupo armado ilegal cuando su madre le dijo que su hermano había ingresado. Entonces habló con uno de los comandantes y le dijo que su madre estaba enferma y que tener dos hijos en las AUC podía empeorar su situación. En aquella ocasión tuvo éxito.

“La segunda vez, cuando mi mamá se enteró que mi hermano menor estaba otra vez en la subversión, se comunicó conmigo”, recuerda Fausto. “Yo hablé otra vez con el superior y sí, confirmado, estaba allá. Ya llevaba tres meses, entonces no se podía hacer nada. Ya era otro problema para mi mamá, que llevaba tiempo de estar mala, porque era una señora de edad. Y por fin, gracias a Dios, llegó la desmovilización y el 11 de diciembre llegamos a la casa nosotros dos”.



De trabajar con las armas a trabajar la tierra

Los miembros de la cooperativa recibieron capacitaciones del SENA, de Estam y del Asocati antes de organizarse y Roger los acompañó a lo largo de un proceso que él mismo describe como “de intenso trabajo”. La Cooperativa Humanitas inició funciones el 4 de octubre del 2007, con apoyo de la Alta Consejería Presidencial para la Reintegración y la Organización Internacional para las Migraciones (OIM). “El convenio que nos dieron la ACR y la OIM, con financiación de USAID, nos permite manejar nuestra unidad de gestión. Nos dan recursos para capacitación, para gastos administrativos, para la logística de todo lo que requiere la empresa, como los equipos, muebles, etcétera. También nos apoyan con un rubro que tenemos que se llama Seguridad Alimentaria, que es una ayuda que se da a los participantes que llegan por primera vez a la Cooperativa y que no tienen un rendimiento muy alto”.

Al principio, los campesinos de la zona veían con recelo y miedo la presencia de ex combatientes en la zona. Sin embargo, con el tiempo demostraron, mediante su trabajo, que se trata de personas que están buscando una nueva oportunidad de vida. Sus reservas hacia ellos han desapareci-





do. El paso decisivo en la reconciliación fue la incorporación de campesinos locales a la cooperativa: “Hubo algunas dificultades al principio porque no hubo una buena aceptación por parte de la comunidad. Decían que era la cooperativa de

los desmovilizados y a algunos les daba temor o tenían algún tipo de resentimiento. Luego poco a poco se empezaron a vincular los campesinos de la zona y empezó a aumentar la aceptación de la Cooperativa. Hasta el punto que, en este

momento, ya tenemos cerca de 200 trabajadores locales”.

La integración a la comunidad ha sido el paso más importante que ha dado Fausto para lograr un bienestar psicológico y emocional. Los acompañamientos psicosociales de la Alta Consejería Presidencial para la Reintegración dieron un vuelco al miedo que sentía dentro de la comunidad. Son talleres mensuales donde se aborda el tema de los valores personales, familiares y comunitarios: “Le enseñan a uno a apreciarse nuevamente, a querer a las personas que lo rodean, a estimar a esa gente que se le arrima a darle un consejo. Uno aprecia a esa gente”, afirma Fausto.

El trabajo de cultivar palma y cacao ha generado nuevas expectativas y rumbos para la población vulnerable que pertenece a la cooperativa. Es una muestra de que pueden regresar a trabajar el campo sin temor a represalias por parte de grupos armados. Una vez, un grupo emergente de autodefensas quiso vincular de nuevo a Fausto, pero él se negó. Su trabajo está con la tierra y los frutos para construir una vida con su esposa y su hijo. Roger también ve que esa es una parte fundamental en su reincorporación a la vida civil: “Yo creo que la reincorporación a la vida civil es que seamos personas iguales a cualquier otra”.



Para Fausto el campo es un proyecto de vida. La experiencia con el cacao y la palma le ha permitido adquirir las habilidades para hacer de estos cultivos, ya sea dentro de la cooperativa o por

fuera de ella, una opción laboral prometedora: “El sueño mío es poder tener un buen proyecto productivo de palma, de cacao o de ganadería. Ahora estamos en un proceso de montar un proyecto

productivo para reforzar el apoyo de la OIM, que nos está respaldando hasta este momento. Necesitamos montar un proyecto para fortalecer la cooperativa y que siga llegando trabajo”.

COOPERATIVA DE TRABAJO ASOCIADO HUMANITAS

Con el objetivo de generar oportunidades lícitas de generación de ingresos para la población en proceso de reintegración y satisfacer una demanda de mano de obra en la región, la OIM, en coordinación con la ACR y con la financiación de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), creó la Cooperativa de Trabajo Asociado Humanitas. Esta cooperativa integra en una organización solidaria con carácter empresarial a 15 desmovilizados y 160 campesinos vulnerables del departamento de Santander, especialmente de Tibú y Cúcuta, para que presten servicios de mano de obra y maquinaria a los proyectos productivos de la zona, principalmente de palma de aceite. Los beneficiarios, seleccionados de acuerdo con sus perfiles laborales, se vinculan progresivamente al proyecto de acuerdo con las fases del mismo: 50 en la fase de arranque y 150 en la fase de consolidación.

